

Palabras cruzadas



*Desde el editorial de nuestro número anterior, convocábamos al debate pluralista que pondere el respeto entre las personas sin resignar un ápice del fervor con que deben discutirse las ideas. Aludíamos también a que en "Texturas freudianas" del número 0 se dejaba caer un guante que sin duda sería recogido con entusiasmo, y nos gratifica que así haya sido. Enrique Torres envió a **Docta** un trabajo que responde los artículos de José Luis Valls ("Acerca de las ideas del joven Freud") y Ricardo Avenburg ("Transformaciones en las teorías psicoanalíticas"), que publicamos a continuación, junto con las respuestas a las que dio lugar en los autores aludidos. Recomendamos calurosamente releer los trabajos precedentes, y esperamos que éstos den origen a una fructífera polémica.*

El comité editor.

Enrique R. Torres*: ¿Qué Freud? (Algunos cabos sueltos en las “Texturas freudianas” del número 0 de **Docta**)

En J. L. Valls, la declaración, casi liminar, de que en la obra de Freud “se esboza la idea de un hombre mejor, individual y socialmente”, ubica este prólogo bajo los auspicios de un ideal salutífero y progresista que no se conmueve ante la frase que le sigue, donde se justifica la aparición del libro: “Hoy, en la época en que esta posibilidad se ve cada vez más lejana.” Habría que aclarar que esta lejanía se la debemos especialmente a Freud, quien hace ya más de un siglo, en la época en que precisamente florecían con más pujanza, recelaba de estos ideales con la misma suspicacia que lo movió a desenmascararlos tras sus revestimientos sintomáticos. Y es sabido que su descubrimiento y sus elaboraciones ulteriores no lo hicieron más optimista, sino por el contrario,

más receloso, por lo que encabezar el texto con semejante proclama sienta una toma de posición diferente.

A renglón seguido, Valls introduce el duro tema de la relación del discurso freudiano con el de la ciencia^{**}. Aconsejándose sin duda en Freud, alinea el psicoanálisis con la ciencia, y se lamenta de que ésta (estimo que en este punto se refiere a las ciencias naturales, y en especial a la biología y las neurociencias) no se haya nutrido o al menos no haya tenido en cuenta los adelantos que Freud proponía. Creo que Valls piensa, en este pasaje al menos, en las anticipaciones con las que Freud nos asombra en el *Proyecto sobre el funcionamiento neuronal* y en especial sobre las “barreras de contac-

* Psicoanalista (APA).

** En el afán de llevar a cabo esta crítica desde el texto y sobre todo desde la terminología de Freud, he resignado, en la medida de lo posible, el uso de términos que son -al menos conceptualmente- ajenos al lenguaje freudiano. La presencia de algunas palabras -en este caso, *discurso freudiano*- empleadas por Valls no será estimada, en principio, más que en el alcance de su uso corriente, en tanto no figuran como tales en el índice general de las ediciones de las obras de Freud. Que la enseñanza de Lacan se transparente en muchas -sino en todas- de las apreciaciones que siguen, no es algo que pueda evitar, y mi pretensión de dejarla sólo como implícita no convencerá seguramente a nadie. Con todo, procuraré atenerme al propósito apuntado; es decir, el de hacer trabajar el escrito comentado con la misma herramienta freudiana, texto-con-texto.

to", precursoras en dos años, como se sabe, de la sinapsis. Pero el pasaje es lo suficientemente abierto como para entender que la queja dirigida a esas ciencias por el desaprovechamiento que habrían hecho del psicoanálisis, lo implica a éste más allá del Proyecto y permite apreciar que para el autor, la línea que enlaza el Ψ con la ciencia no está afectada por ninguna discontinuidad. Por esa ininterrumpida amalgama, ambas partes se beneficiarían mutuamente -sin perder la especificidad de sus métodos- con los progresos que cada una de ellas alcanza en sus desarrollos. Aquí vuelve a rebosar el ideal de progreso, del cual está tan imbuida la ciencia moderna (y también, sólo apenas decepcionada, la postmoderna). Podríamos solidarizarnos con esta posición, incluso cuando parece incurrir, como en este caso, en la jactancia de decirles a esas famosas ciencias "¡No saben lo que se pierden!". Pero lo que se pierde allí no es lo mismo para todos, empezando por los mismos científicos, a los que esta jactancia haría reír y nos retrucarían con otras más sustanciosas, entre las que negar directamente a nuestra disciplina el título de ciencia no es la menor. La devoción no correspondida de este Ψ por la ciencia, los cruces de promesas y de reclamos (aunque éstos tienden a ser unilaterales, reclamos del psicoanálisis a la ciencia y no a la inversa, puesto que ésta más bien nos olvida o nos ignora), dejan en definitiva irresuelto el problema de esa relación tan problemática. Deberíamos solidarizarnos, sí, porque no cabe duda de que ésa era la postura de Freud, la ambición de hacer ingresar su descubrimiento en el territorio de la ciencia, y más aun, de la ciencia natural; abrigaba la esperanza de que un día ésta le aportara el *substrato material* de su descubrimiento, sin que eso fuera a tirar

abajo lo esencial de su hallazgo. Pero entonces, ¿adónde referir lo esencial de su hallazgo? ¿Es legítimo anexar sin más eso "esencial" a las coordenadas científicas tradicionales, o es más pertinente pensar que si Freud dice que los avances en la investigación neuroquímica -que celebra y deseada- rán cuenta del sustrato material de sus descubrimientos sin alterar lo fundamental de los mismos, es porque éstos se inscriben en un campo teórico diferente que habrá que labrar con herramientas apropiadas, sembrar con conceptos *ad hoc* y cosechar con nuevas categorías? Aunque en la mayor parte de su obra se inclina Freud en favor del criterio naturalista y evolucionista, no falta alguna sugerente indicación en contrario: en la conferencia XXXV, "Una concepción del universo" (1933[32]), afirma: "En rigor no hay más que dos ciencias: la psicología, pura y aplicada, y las ciencias de la naturaleza (*Naturkunde*).". La mención de este distinguo es, según creo, única, un *hapax legomenon* que no podemos tomar como definitivo, pero que cobra relevancia del contexto que la rodea: se trata de la conferencia de la *Weltanschauung*, donde su argumentación en contra de la asimilación del Ψ a un sistema filosófico se hubiera robustecido con la ubicación del mismo en el seguro -y por lo demás tantas veces invocado- refugio de las ciencias naturales. Pero no, tras esa sola declaración, vuelve Freud a sus posiciones de costumbre; hacia el final de su vida, en 1938, ya en Londres, escribe un borrador que se llama "Algunas lecciones elementales de psicoanálisis" (1940, SE 23, 279), donde declara que el Ψ es parte de la psicología y que ésta "es una ciencia natural. ¿Qué otra cosa podría ser?". Categórico por un lado, dubitativo por otro ¿Por qué la pregunta? ¿Por qué

una conclusión que parece asistida con un razonamiento por descarte? La prudencia, la misma que al fin y al cabo suspende a Freud de esa última pregunta, induce a tantear algunas alternativas en el horizonte ampliado de hoy, no sólo para esa otra cosa que el Ψ podría ser, sino también acerca del alcance que hoy tienen esas ciencias naturales, basadas en un materialismo-naturalista (que los autores freudianos de *Docta* tiñen de materialismo dialéctico, aunque no es seguro si Freud los seguiría), al que habría que aplicar la interrogación que Valls mismo se hace en un pasaje del prólogo: "Aparte, a esta altura del conocimiento, ¿a qué se puede llamar materia concreta?" Más allá de la física, con Einstein a la cabeza, la pregunta está destinada a la actual filosofía de la ciencia, que, para sosiego de nuestras conciencias freudianas inquietadas por la multiplicación de teorías y escuelas en el Ψ , responderá: "Podemos decir que el problema no es cómo articular el monolito CIENCIA, sino qué hacer con la dispersa colección de esfuerzos que la han reemplazado. (...) Ciencia no es una cosa, es muchas" (*Oxford Companion to Philosophy*, 1995).

Es complejo el tema de la razón en Freud; si no es -al menos todo el tiempo- un racionalista, nos muestra sí todo el tiempo una extrema racionalidad. La relevancia de la cuestión merecería una indagación más detenida, que calara, por lo menos, un poco más hondo que la observación de que Freud confrontaba con la "racionalidad" de su tiempo por el desconocimiento en ésta de la base pulsional humana. Si es por eso, otros se le habían adelantado con ventaja; Hume, por ejemplo, proclamaba que la razón es y debe ser esclava de las pasiones,

término que no es mencionado en este prólogo, pero que subyace sin embargo como el tradicional oponente de la razón en el discurso de la filosofía. En el texto que comentamos y en el Ψ en general, surgen nuevos términos que sustituyen a aquél sin agotarlo, bajo el nombre a veces de afecto, otras de pulsión, otras aun de deseo. Se echa de menos aquí el afán de precisión y coherencia con que Freud encaraba los conceptos nuevos que presentaba al mundo. El otro clásico adversario del racionalismo, el empirismo, encontraba a Freud bien advertido acerca de sus límites, y por mucho que insistiera sobre la base observacional (clínica) de su teorización, no desconocía ni sus trampas ni sus extravíos, como lo muestra en esa brillante lección de epistemología con que inicia *Pulsiones y sus destinos* (vaya también esta referencia en descargo de lo recién apuntado acerca de la falta de definiciones conceptuales precisas, pues allí Freud dice que "ninguna ciencia, ni aun la más exacta, comienza con tales definiciones" (1915).

A medias cartesiano, Valls nos sugiere que el sujeto, su *res cogitans*, se constituye desde su *res extensa*, "a través del otro". A medias porque hay que recordar que en la *Sexta meditación*, Descartes contrasta esas dos *rei* y afirma que la mente (*cogitans*) es "realmente distinta del cuerpo (*extensa*), y podría existir sin él". Acordamos con nuestro autor en abstenerse de profesar tan extremo idealismo; Freud convendría también en ello, pero habría que revisar el asunto independientemente de la disputa materialismo-idealismo, o al menos no atado a ese crudo dualismo metafísico cartesiano. El autor se inclina nuevamente aquí por una postura francamente materialista, en su senti-

do ingenuo y tradicional, sin siquiera hacer intervenir las leyes de la dialéctica o aclarar en qué consiste esa intervención del *otro*: al hacer emerger al sujeto de un fondo corporal, de la *res extensa*, suelda en lo esencial a nuestro sujeto -(entiendo que no se refiere aquí al sujeto gramatical, al de la proposición, sino al sujeto psíquico, el del inconsciente, o por lo menos al del *cogito*)- a sus determinaciones biológicas, reforzando así el criterio epistemológico que comanda la propuesta en general. Antes de dejar a Descartes, retengamos aún que *res cogitans* significa "cosa pensante"; la igualación del sujeto a esa Cosa es muy discutible, pues en el *Proyecto...* (Freud, 1895), texto en el que Valls está particularmente avezado, se subraya el aspecto inasimilable, irreductible de la cosa al resto del pensamiento, permaneciendo como lo radicalmente ajeno, extranjero, incognoscible, como aquello que, perdido, motiva y orienta todo proceso de búsqueda ulterior de objeto, sin variar por ello su posición de inhallable. Por otra parte, asimilar al sujeto a sus pensamientos, por muy cartesiano que suene, abre el interrogante acerca de la procedencia de ese sujeto que piensa, interrogante que conduce a Descartes a una respuesta, por así decir, "divina". Por otra parte, esa asimilación disientiría con algunas expresiones freudianas, "pensamientos inconscientes", por ejemplo, no atribuibles en principio a un sujeto especificable. Finalmente, una imprescindible apostilla freudiana sobre el tema de las *rei*: "Psíqué es extensa; nada sabe de eso", (subrayado mío; Freud, *Hallazgos, ideas, problemas*, 1941 [38], SE 23).

Es interesante la opción de Valls de traducir *Verdrängung* como "represión-desalojo". Más problemática, en cambio, es la

de separar taxativamente ese proceso de desalojo de la prohibición, esgrimiendo para ello motivos que podríamos llamar "tópicos" (lo prohibido puede ser pensado, lo reprimido no). Hay aquí varias -y muy freudianas- observaciones que hacer: ¿A qué obedece ese proceso de desalojo? ¿Es un mecanismo automático, como un funcionamiento autónomo, acaso inherente a todo proceso psíquico? ¿Cuál sería entonces la dinámica del conflicto y cuál su tópica? Hacer del inconsciente un receptáculo de representaciones-cosa puede traer complicaciones teóricas cuando hay que vérselas con los textos del fundador; se las traería quizás al mismo Freud, o deberíamos llevárselas los freudianos a sus textos si no nos apuramos en suturar las grietas, como "yos" normales que somos (Freud, 1924, *Neurosis y psicosis*), y para asegurarnos de ese modo que no deliramos, que sólo repetimos. Es cuestionable que lo reprimido-desalojado esté desprovisto de la cualidad del pensamiento, a no ser que reduzcamos este pensar, como lo quiere Valls, al Prec. y a las *Wortsvorstellungen* que lo constituyen, imprimiéndole al pensar un relente de funcionalismo psicologista que contrasta con la propuesta freudiana. Implícitamente, si tomamos en cuenta que ésta no puede prescindir de esa cualidad para la formulación de lo Inc., por más diferenciada que esté en torno a una lógica diversa a la del Prec. Expresamente, si atentos al texto no dejamos pasar las menciones directas al tema, como las ya citadas expresiones que abundan a lo largo de la *Traumdeutung* (Freud, 1900, Fisher Taschenbuch Verlag, Band II), como *Traumgedanken* (pensamientos del sueño), o cuando, refiriéndose al Proceso Primario, propio del Inc., dice: "Los **pensamientos** contradictorios entre sí, no tienden a sustituirse..." (*Ei-*

* Es casi una insolencia no mencionar aquí -conociéndolas- las inmensas aportaciones lacanianas al tema del *cogito* desde el psicoanálisis; pese a ello, la asumiré conforme a lo prometido: restringirme al texto de los autores y al de Freud, sin excluir, como en este pasaje, algunas someras excursiones filosóficas.

nander widersprechende Gedanken streben nicht danach einander aufzuheben... Ib., capítulo VII, apartado E-: *Proceso Primario y Secundario. La represión*). Y también: "Cuando decimos que un **pensamiento inconsciente** aspira a una traducción a lo preconscious..." (*Wenn wir also sagen, ein Unbewusster Gedanke strebe nach Übersetzung ins Vorbeusste...* Ib., apartado F-: *Lo inconsciente y la consciencia. La realidad*). En el capítulo VI, "La elaboración onírica", apartado A, "La labor de condensación", también encontramos: "No debemos olvidar que se trata del **pensamiento inconsciente...**" (*Vergessen wir nur nicht, daß es sich um unbewusstes Denken handelt...*). Lo que trato de poner en relieve se hace aun más palpable en el siguiente pasaje de *Los dos principios del suceder psíquico* (1911, SE 12): "El pensamiento era probablemente en un principio inconsciente, en cuanto iba más allá de la mera representación y era dirigido a las relaciones entre impresiones de objeto, y sólo con su enlace a los restos verbales recibió cualidades perceptibles por la consciencia" (¿cómo nos arreglamos los freudianos con ese pensamiento *dirigido a las relaciones entre impresiones de objeto*, sin recurrir a la palabra, a riesgo de incurrir en flagrante lacanismo?). Planteado así este punto referido al pensamiento, observamos que la separación entre lo reprimido-desalojado que "no puede ser pensado" y lo prohibido que "sí puede pensarse", pierde sustento por ambos lados: no sólo lo reprimido-desalojado es susceptible de procesarse como *cogitans* en términos de pensamientos inconscientes, sino que la prohibición misma se instaura sobre ese lecho hondamente reprimido (lecho que es, por cierto, el de la madre, y más aun su deseo), haciéndose en este punto

ambos procesos indisociables.

Algo más adelante, Valls converge sobre esta opinión aunque desde un ángulo diferente, mostrando a la vez cierta vacilación respecto a la *actitud* de Freud frente a la represión (pág. 26): "... no acepta lo 'fundante' de la represión-desalojo en el aparato psíquico así como así; (...) es lo que él descubre, pero no por eso debe aceptarla, está muy lejos de eso. Sí reconoce que en parte existe esa 'fundación' pero no por ello la da como dada, como natural, es para él un hecho histórico-social en la vida de cada individuo." El hecho de que la represión fundante no sea algo natural (ya dado en el orden de las determinaciones del viviente como tal), no implica que no ejerza sobre el humano todo ese poderío que lo vincula precisamente como humano, en tanto sujeto a esa Ley fundamental de la prohibición del incesto. No se trata de aceptarla o no, sino de que el estar cortados por la tijera de esa Ley, nos hace de hecho sus subordinados. Freud puede en efecto no aceptarla y a la vez admitirla como aquello que, descubierto ciertamente por él, marca el tránsito irreversible no sólo de la naturaleza a la cultura, sino también el punto en el que esa prohibición, emanada de una Ley cuyos entresijos nada deben a lo viviente sobre el que se impone, le fija sus propios designios a menudo contrapuestos a los de las leyes biológicas. Entiendo pues, y aprecio, la observación de Valls respecto de la 'rebeldía' de Freud ante lo que su descubrimiento tiene de irrevocable, pues ese rasgo del fundador da cuenta más fielmente de la ética con la que se rige, que la propuesta en la página siguiente (28): "... cuando aparecen contradicciones no hay que cejar hasta conseguir resolverlas... hace a una ética..." Esto

último está demasiado impregnado de esa dialéctica que campea en este prólogo -y aun más notoriamente en el trabajo de R. Avenburg-, donde la búsqueda de una 'síntesis' frecuentemente produce un cierre prematuro sobre puntos que precisamente no cierran, y que deben a esa imposibilidad intrínseca su especificidad psicoanalítica (de los ejemplos freudianos que pueden buscarse para esta aseveración, mencionaré rápidamente algunos 'clásicos', aunque no homólogos entre sí: el ombligo del sueño [Freud, 1900], la declaración de que "A mi juicio, y por extraño que parezca, habremos de sospechar que en la naturaleza misma de la pulsión sexual existe algo desfavorable a la emergencia de una plena satisfacción" [Freud, 1912; *Sobre una degradación general de la vida erótica*, SE 11], y finalmente la roca de la castración [Freud, 1937, *Análisis terminable e interminable*, SE 23]). La mejor observancia de la ética freudiana -inseparable aquí del coraje intelectual, el rasgo que Freud más estimaba de sí mismo- se cumple al librarnos al combate cuando sus resultados son inciertos, y hasta cuando sabemos, *a priori* y *a posteriori*, que al final las *impasses* últimas no se resolverán. Éste es un punto, y un límite, a tener en cuenta cuando nos representamos la cura como un procedimiento que procura en su realización, el otorgamiento de un sentido y una coherencia completa en un análisis, concepción que arriesga dar por curable (*a priori*) o por curado (*a posteriori*), aquello que el hombre tiene, como Freud lo ha demostrado, de incurable, llámese a esto la Cosa, el Inconsciente, la represión primordial, el más allá del principio de placer, el malestar en la cultura o, de última, la pulsión misma.

Una dialéctica que quiere apresar todo

en las tenazas de *tesis-antítesis-síntesis* (triplicio que, dicho sea de paso, Hegel nunca empleó y Marx sólo una vez y derogatoriamente), deja escapar precisamente esos fondos -indialectizables- que acabo de mencionar, y que impugnan la premisa hegeliana de que todo lo real es racional y viceversa. ¿Qué Freud diluiría los atolladeros que plantea el "más allá del principio del placer", la pulsión de muerte o la roca de la castración, en las aguas ya encauzadas del levantamiento de represiones secundarias, de cegamiento (doble sentido) de las lagunas mnémicas, de vencimiento de las resistencias, por más que éstas sigan siendo las herramientas principales de su cura? Es sugestiva la cantidad de veces que en este prólogo, y también en el trabajo de R. Avenburg, se repite el término de "síntesis" o "función sintética", resabio por un lado de esta dialéctica, y por otro del encomio que, pese a algunos auto-cuestionamientos sobre el tema, reciben el yo, el preconscious, el *λογος* en su versión tradicional, el proceso secundario, la labor de síntesis. El peso inclinado sobre este costado, al menos calibrado desde el punto de vista cuantitativo, trasunta una prevalencia de estos niveles, perfectamente adaptables a una psicología clásica, pero extraños a la verdadera novedad del descubrimiento freudiano y a la incidencia de ese descubrimiento en la experiencia de cada cura. El sesgo que así se le imprime a la exposición, trasuda indisimulablemente el aspecto ya citado respecto de una cierta alarma, una cierta precipitación por cerrar, por cegar, por negar incluso, los puntos oscuros o vacíos que la teoría freudiana deja abiertos, y que forman parte de su descubrimiento con un alcance mucho mayor que aquéllos que pueden ser incorporados sin mayores tropiezos en la *con-sabida* psicología. Es cierto que se

trata de un prólogo y que las nociones expuestas pueden tener un carácter preliminar e introductorio, pero también lo es que estas observaciones, no menos en su espíritu que en su letra, apuntan a los principios en los que dice apoyarse. Freud responde a la sugerencia de llevar a cabo, también en el tratamiento, un trabajo de síntesis, diciendo que nada de eso es necesario, pues ésta se realiza por sí sola, y que si ha designado a su invento con el nombre de "psico-análisis", es porque la labor que le está encomendada es precisamente la de des-componer, separar, des-articular aquello que precisamente la tarea sintetizadora del yo se especializa en desvirtuar sobre la base de revisiones secundarias y en desfigurar tras varias capas - para nada "secundarias" - de supuesta racionalidad ("Si quisiera permitirme ser sincero y un tanto descortés diría que [la psicosis] no se trata más que de una palabra vacía"; Freud, 1918, *Los caminos de la terapia analítica*, SE 17).

Por no caberle las provisionalidades que un texto prologal consiente, el trabajo de Ricardo Avenburg presenta más dificultades y a la vez más precisiones. El comentarista ve facilitada su tarea por la definida elección de Avenburg de traducir el *Trieb* freudiano por "instinto". Tan definitoria es esta elección que, aun sin explayarse sobre los motivos, él mismo descuenta las objeciones que le pueden llover por semejante decisión (pág. 18). Resulta llamativo que falten allí las fundamentaciones cuando una buena parte del artículo se aboca a los problemas que conlleva la traducción de nociones psicoanalíticas, a un cuestionamiento minucioso de algunos términos que nuestra jerga ha importado, especialmente del inglés, y a denunciar, con justicia, ya sea el vacia-

miento conceptual, la confusión de las nociones de base por el uso de términos extranjeros, o simplemente el *snobismo* (por no decir "psitacismo") que nos lleva al uso leve de vocablos que, por provenir de otra lengua, nos exime a un tiempo del deber de traducir y de saber qué decimos, psicoanalíticamente, con ellos.

El alemán discierne claramente la palabra *Trieb* del término *Instinkt*; Freud usa el primero en casi toda su obra y a él pertenecen desde el comienzo hasta el fin las conceptualizaciones que elabora; reserva el segundo, en sólo un puñado de oportunidades, para designar aquellos comportamientos animales que se desencadenan ante el estímulo y el objeto apropiados y cumplen acabadamente el ciclo que llevan impreso en sus genes. Como se sabe, la traducción inglesa de James Strachey, cuya autoridad creció a la par del predominio de esa lengua en Occidente, por razones ampliamente expuestas en las aclaraciones preliminares de sus impecables ediciones -y según creo habiéndolo hablado con el mismo Freud-, prefirió *instinct* a *drive*, más próxima sin embargo al original alemán. Por su parte, López Ballesteros y Ludovico Rosenthal, a cargo de las primeras -y también tempranas- traducciones castellanas, no encontraron en nuestro idioma nada más cercano al *Trieb* que la palabra *instinto*. A Valls lo aquejan menos estas incidencias idiomáticas, pues ha asimilado el neologismo *pulsión*, suspendiendo en este punto la enardecida crítica a Lacan, uno de los promotores de esa traducción francesa, rara ya en esa lengua, pero inexistente por completo en los orígenes de la nuestra, salvo como apócope incorrecto de "impulsión" o "compulsión". Si en ellas la palabra "instinto"

tiene, además de la consonancia, una resonancia que la enrola en la esfera del *Instinkt*, su uso, deliberadamente escogido, en el vocabulario de Avenburg, responde sin duda a una concepción fuertemente biológica del Ψ , concepción que es prácticamente asumida en este artículo y reforzada a tal punto en sus reflexiones finales, que hace temer que esta postura sobrepase el campo de la teoría para consumir una absorción completa, sin excluir el método terapéutico, en el terreno de la neurofisiología. Hacia el final de su artículo, Avenburg se pregunta si habrá investigaciones en el campo de la neuroquímica en lo que respecta a la producción de placer sexual (pág. 22): "Cómo un estímulo 'centralmente condicionado' puede ser satisfecho por otro estímulo exterior; qué pasa con el componente rítmico en la producción de placer sexual. Aparecieron las endorfinas... (...), es importante abrirse al tema del cuerpo" (cuesta decidir si el destinatario de este llamado es el psicoanalista o el neurofisiólogo). Lamenta que no se haya avanzado mucho al respecto, y -como Valls desde otro enfoque- que el psicoanálisis no se haya enriquecido con estas nuevas adquisiciones. ¿Qué Freud es éste? ¿El que afirma en *La sexualidad en la etiología de las neurosis* (1906) que "no podemos por menos de representarnos estos procesos (*orgánicos*) como de orden químico, viendo así en las neurosis actuales los efectos somáticos y en las psiconeurosis, además, los psíquicos de los trastornos del metabolismo sexual", o el que en la Conferencia XXV, "La angustia", de *Introducción al psicoanálisis* (1916-17, SE 15) reconoce: "Debo confesar que desde el punto de vista de la comprensión psicológica de la angustia nada me es más indiferente que el conocimiento del trayecto nervioso seguido por

las excitaciones que de él (*el bulbo raquídeo*) emanan"? ¿El que se desprende desde 1900 de las hipótesis anatómicas para inclinarse hacia las neuroquímicas (como se demuestra palmariamente en esas citas), lo que implica aferrarse igualmente al suelo biológico en el que hacer descansar de última su descubrimiento, o el que en *Introducción del narcisismo* (1914 SE 14) declara: "Precisamente porque siempre procuro mantener apartado de la psicología todo pensamiento de otro orden, **incluso el biológico**, he de confesar ahora que la hipótesis de una dualidad de pulsiones del yo y pulsiones sexuales, o sea la teoría de la libido, no tiene sino una mínima base psicológica y se apoya más bien en un fundamento biológico"? Conociendo la habilidad argumentativa de Freud, y la campaña que en ese momento lleva a cabo contra Jung y el sesgo idealista (o por lo menos asexual) que sus ideas sobre la libido podrían aparejar, no es de extrañar la nueva acentuación que hace aquí del fundamento biológico de su primera teoría pulsional sin encontrar aparentemente parámetros *psicológicos* firmes en que apoyarla, pese a que toda esta teorización le ha sido "impuesta por el análisis de las neurosis puras de transferencia..." (ibíd.). Más allá de la discusión con el adversario de ese momento, advertimos allí como en el resto de su obra, el notable equilibrio que mantiene Freud para sostener firmemente la equidistancia entre su método y su campo de observación por un lado, y las concepciones más especulativas, que incluyen sin duda la de la causación orgánica como una profesión de fe científicista, por otro. En este sentido, ha confiado siempre su esperanza incommovible en que la ciencia biológica terminaría un día por desentrañar desde lo orgánico cada uno de los hallazgos

del psicoanálisis, pero también en que todo lo construido con su *método* y las elaboraciones teóricas a la que diera lugar, habrían igualmente de perdurar. Revela con ello un equilibrio no menos notable entre su posición escéptica ante las posibilidades de "progreso" social y las perspectivas de mejoramiento de las condiciones morales de los hombres, por un lado, y la confianza inalterable en los resultados de la ciencia, por el otro. Merece aquí señalarse, por último, una tercera equidistancia, por así decir política, del fundador: la que sostiene, ante la conmoción cultural producida por su descubrimiento, entre un culto de lo prohibido cultural, y un romanticismo de la disidencia individual, a más de su rehusamiento explícito a considerar el Ψ entre los sistemas filosóficos o los *movimientos* sociales.

Corresponde intercalar aquí una aclaración orientada a no desconocer la importancia de los avances en el campo de la psicofarmacología, por ejemplo, y la inestimable ayuda que ella representa en el tratamiento de padecimientos de los que tratamos en psicoanálisis; en muchos de ellos, las psicosis sobre todo, es hoy casi impensable prescindir de su empleo. Pero esta *cooperación* que hallamos en la práctica, no ha de hacernos descuidar las profundas diferencias metodológicas, de principio y de objeto teórico, que rigen estas disciplinas distintas, ni mucho menos las enormes discrepancias ideológicas y políticas que se desprenden de esas diferencias. Tales discrepancias se presentan a menudo en nuestra práctica de psicoanalistas, bajo la forma de contradicciones difíciles de sobrellevar. El beneficio terapéutico que nuestros pacientes esperan de ella no siempre se corresponde con el trayecto y los tiempos del análisis; éste pro-

cure alcanzar ese objetivo junto a otros que le son específicos y no menos esenciales para el sujeto, y la diferencia radica en la concepción que Freud nos ha legado sobre el padecimiento. En ella, éste es inseparable de la estructura íntima y quebrada por el inconsciente de este sujeto singular, del mundo fantasmático en el que se conforta o se atormenta, y de las mociones pulsionales que lo animan o apremian. Cuando las necesidades de la práctica nos imponen medidas terapéuticas que proceden del arsenal médico, no debemos disimular el hecho de que implican siempre la eximición de esa participación y esa responsabilidad -analíticamente insoslayable- del sujeto. Soportar esta contradicción no está lejos de esa postura equilibrada y equidistante de Freud, y sí, en cambio, de una pretendida "síntesis superadora".

Cabe también preguntarse si hoy, tras más de un siglo de Ψ y de crecimiento -a veces portentoso- de las ciencias, es aún sostenible la esperanza de Freud, si los desarrollos y caminos proseguidos por ambos territorios han dado lugar al atravesamiento de fronteras y a la ocupación de un terreno compartido, si los desarrollos producidos pueden medirse con la misma vara o si son, de raíz, inconmensurables. Avenburg parece retomar sin cambios la antorcha esperanzada que Freud mantuviera encendida toda su vida, y a pesar de las diferencias, coincide con Valls en el reproche que señalábamos dirigido a una ciencia que no habría sabido -¿todavía?- iluminarse con esa llama o alimentar su fuego con inflamable propio. Ambos comparten, pues, el criterio de una continuidad no interrumpida entre los campos epistémicos en juego, donde caben -sin estorbarse aunque un poco apretujados-

desde las cada vez más discretas moléculas de los neurotransmisores, hasta los contornos -bastante más difusos- de la sociología. Sin embargo, no es difícil deslindar, en lo que hace a estas referencias epistémicas, las diferencias que separan a nuestros autores freudianos, tan unidos, por lo demás, en el cuidado y la rigurosidad con que examinan la obra de Freud. Tal vez cometa una injusticia al no hacer discutir estos dos textos entre sí, acentuando sus diferencias para medir mejor sus posiciones; y quizás cometa otra al hacerlos regresar, luego de algunos rodeos, hacia un punto de convergencia donde los vuelve a encontrar, codo a codo, una misma consigna, que la ironía me dicta llamar: "retorno a Freud", y la deducción a especificar biólogo-neurólogo-médico (contra el Freud que escribió *El análisis profano* [1926, SE 20] para proteger el Ψ de los médicos), o bien psicólogo-sociólogo (contra, digamos *Lo inconsciente* [Freud, 1915, SE 14] para distinguirse de los primeros, y *El malestar en la cultura* [1930, SE 21] para preservarse de los últimos).

Estimo compartir con ambos autores que el núcleo de la doctrina freudiana es el inconsciente, el reprimido, el dinámico, y también que los desarrollos psicoanalíticos ulteriores deberían tomar como punto de referencia ese descubrimiento original, o en todo caso aclarar y fundamentar las diferencias. Salvando por ahora la distancia que seguramente nos separa en la forma de concebirlo, vale la mención de este núcleo para interrogarlos por el lugar que puede ocupar el Inc. como tal en las neurociencias (¿acaso la "inconsciencia" de todas nuestras funciones cerebrales tiene algo que ver con el Inc. freudiano?), o en la psicología (¿acaso, como lo sugiere Avenburg [pág.

22], los "sectores marginados" son "reprimidos" y destinados así al estatuto que tiene lo Inc? A su vez, ¿qué relación tiene eso con la *liberación* que por momentos parece prometernos Valls?).

Responder al ímpetu antilacaniano que anima estos escritos (sordamente en Avenburg, sonoramente en Valls) exigiría, para ser consecuente con el texto-con-texto, contraponerle la palabra misma de Lacan. Declinar este objetivo (la metáfora militar -tan cara a Freud- me induciría a traducir así: *target*) para conservar el inicial, y respetar a su vez las limitaciones espaciales y las de la paciencia del lector, no me eximen de formular la impresión de que las ideas que discurren en estos textos están afectadas fuertemente por el *acontecimiento Lacan*, y que eso les imprime, por contragolpe, el sesgo que hace reclinar a Avenburg sobre la biología y a Valls sobre la psicología, ambos cabos (suelos) hallables perfectamente en Freud y extraíbles o extensibles desde él sin contrariar en ningún punto su letra. Ambos realzan, a su vez, el peso del materialismo dialéctico (no hallable -como dialéctica- directamente en Freud), como principal instrumento de lectura, y el ideal científicista, que sí le corresponde.

El papel de lo histórico es evidentemente de primera relevancia en Freud; su adhesión al método reconstructivo e historizador es expresamente sostenido desde el comienzo hasta el final de su obra, desde la concepción de la cura y la transferencia, hasta su elaboración sobre la cultura, los orígenes de la humanidad, e incluso de la especie y de la vida en sí, lo que se sintetiza en el compuesto ideado de *Entwicklungsgeschichte*, literalmente, *historia del desarrollo*. En defensa de este ideal historizador,

el ímpetu antes mencionado lleva ahora a Valls a una acometida contra el estructuralismo, atropellada que le hace voltear unas cuantas piezas, algunas de ellas muy freudianas. En uno de esos cruces de espadas, cada uno de los adversarios en pugna (historicismo vs. estructuralismo) se ve investido de atributos que corresponden al contrario y viceversa, o bien se ensayan diferenciaciones que no diferencian nada. Así (pág. 31): "... desde el estructuralismo se puede pensar que el significado del síntoma está en la estructura socio-psíquica actual, por así decir, y no en la historia del sujeto. ¿La estructura psíquica no se genera en la historia acaso? ¿No es producto de un proceso histórico-social-individual? ¿O es natural? A su vez, ¿la biología no interviene para nada en ella? ¿Por qué está fuera del tiempo? (...) ¿Hay algo fuera del tiempo? ¿Tenemos un nuevo Dios acaso?" No falta nada en este condensado párrafo, sobre todo la alarma de la que hablábamos; guiarnos por ella nos llevaría a zanjar -o mejor zurcir- la cuestión con el solemne "el hombre es un ser bio-psico-social", salmodia -o "síntesis superadora"- con que se consuma el arte de no decir nada por querer decirlo todo. El debate, algo anticuado ahora, es entre estructura e historia, no entre estructura y tiempo. Razón de más para no confundir historia con tiempo y para no olvidar que el tiempo es conceptualmente inseparable de la noción de estructura. Sin ahondar en ello, retomemos la pregunta de Valls, "¿hay algo fuera del tiempo?", y respondámosle con el Dr. Freud (*Lo inconsciente*, cap. V, 1915, SE 14): "Los procesos del sistema Inc. se hallan fuera del tiempo [*"zeitlos"* puede traducirse también por *"atemporales"* o *"intemporales"*]; (...) no tienen relación ninguna con el tiempo." O sea: de

cómo el *horror lacani* puede hacer olvidar a Freud. Mitigaremos también el temor de Valls ante la aparición de un "nuevo Dios", diciendo que podemos seguir adorando al viejo -al viejo Cronos quiero decir-, por más que la famosa estructura (y también Freud con su *nachträglichkeit*) lo haya zarandeado bastante en el último siglo entre la sincronía y la diacronía, sin lograr con ello doblegarlo ni aplacar su apetito. Valga esta referencia mitológica para no desmerecer tanto el mito en la apología de la historia en la que Valls encarna, según parece, la "causa" de todo, juntando en el mismo saco el "sentido", la "significación" y la "causa", y concibiendo la verdad como el hallazgo (o la construcción, que no es lo mismo) de un recuerdo, de un momento del desarrollo ya inscripto, armado, conservado, aguardando al desenterrador. El mismo Freud que admite esa perspectiva, es el que nos enseña que del mito, del humor y del chiste (y de los lapsus, y los sueños y los síntomas), hemos de sacar la pizca de verdad que nos es dado alcanzar del Inc. ("Es sabido que en broma se puede decir todo, hasta la verdad." Freud, 1915, *Pensamientos de actualidad sobre la guerra y la muerte*, SE 14). Y que cuando, consecuentemente, dice que las pulsiones son nuestra mitología, ironía con la que encara al mismo Einstein en aquella famosa carta (Freud, 1933[32], *El porqué de la guerra*, SE 22): "¿No llega al final toda ciencia a una especie de mitología como ésta? ¿No se puede decir hoy lo mismo de su física?", no hace con ello meramente una metáfora comparativa, una humorada o un sarcasmo -como elijamos-, sino que revela precisamente que el mito viene al lugar del punto de *impasse* de toda teorización, y en este caso, al fondo (desfondado) de la misma, es decir, a la pulsión. El bi-

nomio "verdad histórica" lleva implícita la idea de que la historia es en sí misma distorsionadora, encubridora, tendenciosa, y que su labor de adornado enmascaramiento -indiscernible en ese punto del mito, aunque se distinga en otros- tiene la desventaja sobre este último de pretenderse portadora de una "realidad" incontrovertible, a la vez que indemostrable, una "realidad" sobre la que nos es impuesta la **compulsión** de **creer** en ella: "Dicha noción (*la del 'gran Dios único' en este caso*) tiene carácter compulsivo: simplemente **debe** ser creída. En la medida en que concierne a su deformación cabe designarla como **delirio**; en la medida en que alberga el retorno de lo reprimido, debe considerársela como **verdad**" (Freud, 1939, *Moisés y la religión monoteísta*, 2ª parte, apartado g, "La verdad histórica"). Pero entonces esa verdad sólo puede llegar hasta nosotros en el mismo *vehículo* que la oculta, la deforma y la desvirtúa, y nosotros a ella sólo por el desbaratamiento de esa falsía de la historia... ¿y con qué nos quedamos? ¿Con la historia-delirio o con la verdad... *desnuda*? Podemos vestirla nuevamente, incluso de "verdad histórica", sabiendo que fatalmente la falsearemos, o

contentarnos con sólo vislumbrar su reluctancia a la palabra -y a la historia- en ese núcleo inabsorbible por los sistemas de desciframiento del Inc. Es decir, la realidad, o mejor la creencia (delirante clínicamente si es individual, religiosa pero no menos delirante si es colectiva) que se nos presenta engañosamente como "verdad material", ha de ser desarticulada (analizada) y entendida entonces como "verdad histórica" (ibíd.). Freud ha postulado y defendido siempre tenazmente la existencia de una "verdad material" (o factual) en hechos de la historia infantil o de la historia de la humanidad (desde 1912, *Tótem y tabú* en adelante) inseparables en sí de la noción de lo **traumático** con sus secuelas de **compulsión de repetición**, cualidades éstas que a su vez forman parte indisolublemente del concepto de **pulsión**.

Dejo aquí, deliberada aunque precipitadamente, estos comentarios críticos con esas últimas puntuaciones meramente enunciativas, casi enigmáticas por su brevedad. Señal de que espero de los autores su continuación, y de mí también sus (con)secuencias.

José Luis Valls*: “Torres discute el texto que tiene enfrente como si yo no existiera, o no me ‘comprendiera’.”

Seamos originales, volvamos a los orígenes.

José Treszezamsky.

Mi *Diccionario freudiano* está desde hace tiempo en las librerías cordobesas, y basta consultarlo para saber cómo pienso determinado tema freudiano. Un diccionario expone cómo uno entiende los diferentes temas y ahorra tener que aclararlos cada vez en un ambiente tan confundido frente a los textos freudianos. Esto va directamente dirigido a lo que Torres llama el “acontecimiento Lacan” que pretende haber “superado” (se es, o no se es [moderno o antiguo] y punto) a Freud, en un sentido diría cartesiano o kantiano, pero no freudiano.

Antonio Barrutia insistía con razón en que Freud “no daba de baja las ideas” cuando las “superaba”. Torres, en cambio, al relegar al “pasado” el pensamiento freudiano confunde al *Aufhaben* con una usurpación de un nombre vaciado de su idea. Es obvio que Hegel no mencionó el “triplicio” (es un problema de traducción, no de que no usara esos conceptos), pero ahí mismo Torres muestra sus “diablos”. ¿Por qué sostiene que mi exposición es antilacanianas? ¿Porque le pregunto a Lacan por qué dice

repetidamente que el principio de realidad se opone al de placer cuando no es así en la lógica freudiana, y él (Torres) lo desestima? En su “sintético” trabajo uno de sus diablos es la palabra síntesis -con lo cual el diablo pasa a ser el yo, que tiene esa función-.

Sabido es que Hegel hizo un desarrollo fenomenal sobre la dialéctica, si bien habló (en alemán) de una afirmación, su negación, y la negación de esa negación como pasos de ella (esta traducción es más conceptual). Lo más novedoso de Hegel es que en su pensamiento en cada avance (por lo menos en la negación de la negación, a la que en algún momento llamo síntesis) se incluye lo anterior como paso necesario para la aparición de lo posterior o nuevo. Se niega así lo que la negación negaba, con lo que se incluyen los dos pasos, el anterior y el posterior. Esto se puede ver muy claramente en todo el desarrollo teórico freudiano. Sin embargo, lo fundamental para mí y lo que más hace que esto me sirva para comprender el pensamiento freudiano, es que en el meollo de esta forma de pensar

* Psicoanalista (APA).

está incluido el concepto de tiempo y consecuentemente el de historia, de movimiento, de proceso, además de que la negación, la afirmación y la negación de la negación puedan convivir soportando un cierto nivel de contradicción en su obra (piensen ustedes si la segunda tópica freudiana hace desaparecer la primera y van a entender rápidamente lo que quiero decir). Pensar históricamente no significa que se elimine la diferencia entre lo "antiguo" y lo "moderno", sino que se la sostiene, pero se la ve como un proceso que totaliza los dos momentos, sin rigidizarlos. A algo de esto es a lo que llamo síntesis en mi prólogo, y desde luego entiendo así la tarea que debiera realizar el yo de manera permanente, manteniendo así las relaciones no cortadas entre su pasado y su presente. Sucede que en el ataque desde el irracionalismo hacia el yo y hacia la razón (no entiendo qué piensa Torres que usa cuando piensa), desde el pensamiento lacaniano se voltean piezas que no merecerían ser volteadas. La temporalidad, el proceso psíquico incluido en ella, puede permitir al yo sintetizar en un discurso lo que en un momento aparecía como una contradicción, sin dejar de lado ninguno de los dos elementos de aquella aparente contradicción. Se enriquece el pensamiento así con nuevas y antiguas explicaciones para diferentes cosas o para las mismas desde diferentes ángulos. Lo llamé así, síntesis (con su sentido, digamos, positivo), en algún momento de mi "discurso" (en otros usé la negación de la negación), porque es el término más conocido, y está dentro de mis objetivos el que la gente me entienda, no el de exponer cada vez la lista de mis conocimientos como si me la pasara presentando mi currículum. En ese sentido (en lo que corresponde a la dialéctica y bueno,

bah, en el de currículum también) recomiendo la lectura del apartado "yo" en mi diccionario, en donde están tratados como pertenecientes a distintos momentos y perspectivas de un mismo tema: el yo de la investidura colateral del proyecto, el de *Introducción del narcisismo*, los conceptos de yo realidad inicial, yo placer purificado y yo realidad definitivo, el yo de *El yo y el ello* (que me parece que, de nuevo, es al único al que consideran yo Lacan y Torres), el yo como sede del pensamiento y su vinculación directa con el concepto de preconsciente de la primera tópica (enriquecido por un lado y empobrecido por otro si no se los relaciona entre sí, en una teoría que se va complejizando, y no que se supera y punto).

Mi nuevo libro *Metapsicología y modernidad (El "Proyecto freudiano")* trata de manera bastante exhaustiva estos temas y quizá mi interlocutor encuentre allí respuestas a sus críticas. Y no está de más destacar algo que cae, creo, de su peso. Abrir no sólo es preguntar al modo heideggeriano, la síntesis también abre el pensamiento, así como la pregunta a veces cierra, en especial cuando es obsesivamente incontestable. Acoto al pasar que en mi tarea psicoanalítica, para armar la construcción uso mucho la pregunta, trato de interpretar recién cuando "cae de maduro".

Bueno, volviendo al grano: puede quizás vérseme como cartesiano dado que pongo al sujeto (aunque a mi interlocutor no le guste: al yo, podríamos agregarle: a la razón) en el centro de mi pensamiento y no a dios, ni a la esencia o la sustancia ni a la naturaleza, y utilizo un método para pensar. Eso no implica que coincida con Descartes en su concepción de sujeto y su método para pensar. No soy racionalista: no acepto

ideas básicas como petición de principios, a partir de las cuales debería seguir la lógica formal para llegar a conclusiones, por lo menos no únicamente. Saco conclusiones teóricas a partir de la observación de los fenómenos, como el Freud de *Pulsión y destinos de pulsión*. En eso mi formación parte de la *empíria*. Si intento ser racional, como Freud. Ser visto como cartesiano por hablar de cómo el cuerpo deviene en sujeto, en el vínculo con el otro, mencionando para ello como la "cosa extensa" al cuerpo y la "cosa (o res, en singular) cogitans" al psiquismo, sería tan insólito como sostener que soy hinchado de River por explicar que ese equipo de fútbol usa una camiseta blanca cruzada por una banda roja. Sería un absurdo lógico, para Aristóteles, para Frege y para cualquiera (más aun si me conociera): elevaría una asociación por contigüidad al rango de conclusión lógica.

En mi pensamiento, en el de Freud también, está el tiempo incluido en el concepto de sujeto (me refiero a la persona), el ser es pensado en él como un movimiento, un acontecer, una temporalidad (Heidegger creo que no se opondría a esto, por lo menos hasta aquí), aparece el devenir en el ser mismo, esto quiere decir que uno no nace sujeto (en parte algo sí, pero ahí es muy del otro, desde lo biológico y desde lo social), sino que como el yo, se va haciendo en los avatares de la vida (los avatares de la vida en esencia corresponden a la relación con los otros a través del aparato perceptual, del sensorio, de las zonas erógenas, y quedan registrados como representaciones e identificaciones, las que en principio configuran el psiquismo, la "res cogitans" en cuestión). Uno va siendo a medida que camina, diría Machado. Más allá de las fijacio-

nes que se originan en ese camino. Fijaciones que en un determinado momento generan estructuras rígidas, compulsiones repetitivas y demás. Estos "males" (en un sentido práctico y no moral, aunque aquí habría que calar más hondo, como en tantas cosas) son producto de la represión y su contrainvestigación (primero represión primaria y segundo secundaria, esta última sirve, entre otras cosas, para quitarle trabajo a la primaria y resguardar el sistema así constituido; ambas deberán continuar actuando de por vida para ello, con el consiguiente gasto, salvo que el psicoanálisis levante total o parcialmente a ambas y logre cambiarlas por condenaciones por el juicio, por ejemplo, a las que llamo prohibiciones [son conscientes, obvio], en fin, que logre manejarlas aunque sea un poco más, la razón, el sujeto, el yo, como se quiera llamarle) dedicada a huir de la angustia, señal que produce la sola posibilidad del pensamiento de estos temas. Esto es *dinámico*, no es de una vez para siempre, es una lucha permanente que se da en algún lugar imaginario (es la palabra del diccionario, no el concepto de Lacan, creo) al que Freud llama *tópica* psíquica. Que Freud haya abandonado sus esfuerzos de ubicarlo en las "neuronas" no quiere decir que haya abandonado la *tópica*. Y por último, lo más vilipendiado, la lucha en busca de la "sujetividad" (es un neologismo no muy conceptual que digamos, mío, no un intento de robarle nada a Heidegger) se juega entre cantidades de excitación invistiendo a representaciones-cosa buscando palabra para conseguir ser pensamiento. Este pequeño factor cuantitativo es el que tiene en cuenta Freud para llamar esta condición con el nombre de *económica* y poder ponerle así las leyes del movimiento de la física, las que rigen (con otro nombre

más adecuado para respetar los espacios correspondientes a cada ciencia) en los desplazamientos de una representación a otra. El "discurso" metapsicológico es entonces dinámico, tópico y económico.

En fin, no voy a seguir escribiendo un "mentor" de mi libro (remito a él al lector), lo que hice lo hice en parte para contestar el tema de la importancia del tiempo en el desarrollo del yo y con ello el estudio de la historia de él. En la polémica historicismo-estructuralismo no me pongo de ningún lado (es un decir, soy estructuralmente histórico, no sé si historicista), me pongo del lado de Freud, descubridor de que hay un "pensamiento" (en un sentido general de producto psíquico, al estilo en que Aristóteles dice que los sueños son una forma de pensamiento y acepta Freud) fuera del tiempo y discutidor en eso de Kant y sus "a priori" (el tiempo y el espacio). Pero descubridor además de que el aparato psíquico está en constante lucha dinámica, y si bien tiene estructuras (psíquicas [ello, yo, super-yó], no me refiero a estructuras psicopatológicas, que son otra cosa), éstas tienen su historia, precisamente la que hay que develar porque está oculta por el mecanismo de la represión, en la medida en que esa historia no es conocida por el sujeto con sus palabras.

Las palabras sirven no sólo para nombrar los hechos sino también para relacionarlos entre sí, vincularlos lógicamente (lo que no podían hacer mientras permanecían en el inconsciente con las leyes de éste y eran representaciones sin palabras o a las que le habían retirado la palabra [representaciones de las cosas y de lo sentido en el vínculo con ellas, podría agregar], sólo buscaban la identidad de percepción usando los me-

canismos de la contigüidad, la analogía o la oposición), y lograr así domeñarlos, ligarlos, pasarlos al proceso secundario, lo que de manera definitiva sólo se puede lograr con ellas. Aunque Freud habla también de niveles de pensamiento (en el sentido de proceso secundario) previos a la aparición de la palabra en el sujeto, los que están expuestos y desarrollados en el libro, ahora pienso que quizá no todo lo que ellos merecerían. Me refiero a la acción como pensamiento por un lado (en el complejo del semejante) y al pensamiento reproductivo por el otro, que no funciona con identidad de percepción (el recordar sin alucinar), necesario entre otras cosas, y nada menos, para reconocer a la mamá o su pecho, pues para poder hacerlo, primero debe recordarlo.

En mi quehacer pretendo ser racional (incluyo, como busca hacerlo Freud, los afectos en ello. El conocerlos y ligarlos con palabras, es pensarlos), busco que el paciente desarrolle su yo, buceo en su historia para ello (su verdad histórica). Si ustedes quieren, busco a la manera moderna un "relato" histórico, el propio del analizando, por la "via di levare", aquél que está escondido en sus mitos, sus síntomas, sus actos fallidos y también sus identificaciones, sus transferencias, hasta sus rasgos de carácter, en el despliegue de sus fantasías a partir de ellos ¿Para qué? ¿Para que siga fantaseando? Sí en la medida en que pueda transformar su fantasía en sublimación en todo caso, o que la pueda disfrutar sin culpa (un adolescente describía asombrado cómo empezaba a disfrutar del camino al consultorio, al que antes ni percibía; claro, en ese camino también se estaba permitiendo fantasear y ahora hasta me podía contar esas fantasías que ya no necesitaban tanta contrainvestidura),

lo que sucederá cuando levante represiones y no antes. El pensar en sí ya es una desexualización, o sea una sublimación, a ésta se la puede domeñar con enlaces lógicos. El yo funciona con libido desexualizada, no es libido sexual que "crece en las sombras" como la reprimida (véase el libro). Por supuesto todo esto sirve para dar más fuerza a su razón y a que pueda pensar con ella y conseguir así libertad, esa libertad esencial para que sus actos sean, o no, éticos, por ejemplo. No es lo mismo no saber que se tiene determinado deseo, que sí, sabiendo se puede decidir si llevarlo a la acción o no, por ejemplo con una prohibición (ésta es la diferencia entre represión y prohibición a la que me refiero). De esa libertad es de la que hablo también, la libertad de conocer lo reprimido, la libertad de poder elegir si llevar sus deseos a la acción o no, considerando cuándo, cómo, con quién, en qué momento, si es posible, si están prohibidos por el contrato social (podríamos sintetizar todo esto con unas palabras de Freud: "si está en posición favorable"), en fin, que con su pensamiento consiga ponerlos bajo el dominio del yo Prec. y sus palabras.

Ésta es mi idea, trabajo el texto freudiano a fondo y de él me surge, no me gusta citar fuera de contexto demasiado a Freud (por lo menos no mucho más de lo que ya lo hice en el *Diccionario*) como si su palabra fuera la verdad, trato de pensar lo conceptual de lo que él dice y expresarlo con mis palabras. Es mi "lectura", inevitablemente, pero preferible a citar sus frases sueltas acomodándolas a lo que en realidad es un pre-concepto ajeno a él.

Todos conocemos las dificultades de toda índole que tiene un tratamiento psicoanalítico, tan bien descritas por el creador

del psicoanálisis. Cuando uno tiene más o menos claras las metas y cómo llegar a ellas, se va dando cuenta de los pequeños avances que va logrando. Por lo tanto, en ese sentido, hay un ideal salutífero y bueno, ¡qué le voy a hacer!, quiero hacer algo por mis pacientes, lo que intento hacer es psicoanalizarlos porque mi experiencia me dice que ello les va a servir, pretendo que se vayan por lo menos sin el sufrimiento con que vinieron y con mejores armas que antes para enfrentar las dificultades de la vida. No hay ideal en el sentido de que alguna cosa me parezca más sana que otra a priori (en fin, a veces sí, pero no más que a cualquiera).

El escepticismo de Freud me parece que en especial apunta a las guerras y al destino de la humanidad toda (quizá por la necesidad humana permanente de ellas, explicada por Freud desde muchos lados, entre otros por la desmezcla pulsional que produce la sublimación), está bien, pero algo tenemos que hacer mientras tanto. También dice algo así como que la única arma que nos queda es la ciencia (en su época la ciencia aún no había hecho la bomba atómica, aunque a partir de su razonamiento era predecible, lo que complica todo pues la misma ciencia puede ser la que marque el fin del mundo y ahora ya no es una fantasía, ¡es posible! Esto da pie a la protesta postmoderna, con la que uno podría simpatizar en lo que hace a su lucha ecologista, pero no en el hecho de que se quede en eso, en sólo una protesta. Nunca lo fue de manera definitiva respecto del psicoanálisis, al que veía al final de su vida en niveles de complejidad mayores que al principio, pretendiendo más, por lo tanto con más dificultades y más difíciles, pero de ninguna

manera pensando que no tenía nada en sus manos para ofrecer sino todo lo contrario, aquel pesimismo sí es lo que trasunta mi interlocutor, claro, a lo mejor debería volver a la técnica freudiana y conseguiría mejores efectos concretos.

No se por qué Torres no me considera "biólogo", me produce envidia Ricardo Avenburg que sí puede serlo, según él, por haberse inclinado por la palabra "instinto". Ricardo sabe más alemán que yo, el tema es un problema de traducción nuevamente. No conceptual en lo básico. Para mi gusto secundario, o no tan importante. Para él no. Será porque a mí nunca me gustaron los idiomas, menos los de origen sajón, vaya uno a saber (yo también tengo mis irracionalidades, como cualquiera, pero le recuerdo que la edición de Amorrortu de las *Obras completas* de Freud tradujo *Trieb* como "pulsión", y que en el prólogo de mi *Diccionario* aclaro que predominantemente me atengo a esa traducción). Alguna diferencia entre el instinto animal y el humano (los patrones de conducta de alguna manera heredados) la encuentra cualquiera, creo entender que para Avenburg esas diferencias no alcanzan para cambiar el nombre, pero bueno, a mí me parece más claro así (pese a no ser lacaniano y a que nuestro interlocutor ocasional no me deje serlo). Pero eso no quiere decir que deje de lado la apoyatura biológica, con ello lo filogenético. La experiencia de la especie, dice Freud en el "Hombre de los lobos", gana, por ejemplo, en sobre de quién es que se teme la castración, a lo ontogenético, y eso es absolutamente comprobable, no es una suposición teórica, solamente al menos. Por lo menos hay que considerar como posible esa suposición y no subestimarla así nomás, si se tiene seriedad. Tampoco eso quiere decir que

yo sea biólogo ni que vaya a supeditar la teoría psicoanalítica a la biología (tampoco a la neurociencia, ni a la filosofía, la sociología, ni a otra disciplina), pero bueno, el conocimiento enriquece, hasta la buena literatura lo hace; estos temas los tomo en mi nuevo libro en el primer capítulo nomás. El saber nunca viene mal, la represión es el no saber, o peor, el huir al saber. El psicoanálisis pretende que el paciente sepa, en principio de él, cuando logra así levantar sus represiones y encuentra la palabra correspondiente a sus deseos reprimidos y con ella los puede pensar, no sólo querrá saber de él sino que crecerá su avidez de saber en general (que en otros momentos también puede servir para la defensa). Esto es lo que permite este pensamiento en proceso secundario y hasta "mestizado" con el primario (fantaseo), pero siempre bajo la majestad de la palabra (que es a lo que Freud en esencia llama lenguaje). Estoy con él (con Freud), extenderlo a todo es de vuelta una exageración, es no decir nada.

Hay algo interesante en la crítica de Torres, me refiero a algo que él no dice "en forma clara y distinta" pero yo creo entender cuando pregunta sobre cómo lo biológico deviene social y psíquico. Está claro cómo lo dice Freud: el recién nacido entra en contacto con los demás (se supone que la mamá) a partir de la necesidad, en el vínculo con ella se cualifican (desde lo perceptual) las cantidades de excitación (lo que fue percepción deviene representación, ésta queda en la memoria y deviene psíquica), luego de esa necesidad del objeto "no se desprenderá jamás" (*Inhibición, síntoma y angustia*) ¿Por qué? Porque la vivencia de satisfacción con el objeto (y al revés la de dolor), repito, dejó huella de la representación de un objeto, la que (luego de muchas

y predominantes experiencias, entiendo, hasta que se arma un "concepto" [carta 52], no de una "mítica" sola, de la primera, se me ocurre que la memoria también necesita de un proceso) cuando vuelva a entrar un estímulo desde lo corporal estará facilitada y se formará un deseo psíquico. Algo así es lo que explica Freud. Así, lo que era sólo biológico (con ello las protofantasías y demás, no olvidemos que la biología en que se apoya Freud es predominantemente lamarckiana, por lo tanto está íntimamente relacionada con la historia, no hablo de Lamarck, del que estoy hablando es de Freud y de cómo él encara este tema) devino social (el vínculo con la mamá) y psíquico (lo que queda en representación de los hechos acaecidos y a partir de una próxima ocasión, deseos). No lo enuncia, lo explica introduciendo la secuencia temporal para poder hacerlo. Él no lo menciona así, como ser bio-psico-social (éste es un concepto fenomenológico que no pertenece ni a él, ni a la metapsicología freudiana), pero su descripción es bastante clara. Aunque aquí es donde cabe la pregunta que me parece más intrigante: ¿dónde está esa representación? ¿En el cuerpo? ¿En la memoria? ¿Qué es la memoria? ¿Es algo material para que investigue la neurociencia, o la memoria es producto del lenguaje (también material, por lo tanto), lo que constituye el pensamiento, según Hegel? ¿Porque tenemos memoria (la memoria casi es sinónimo de psiquismo en Freud, recordemos las células retentivas de la memoria, las psi) es que recordamos (dentro del fenómeno del recuerdo incluyo como un todo el olvido y la repetición) con el lenguaje, o porque tenemos lenguaje tenemos memoria? ¿Y la memoria como repetición? ¿De dónde viene el recuerdo si no se lo guardó en algún lado? Veo dos vías de in-

vestigación abiertas respecto de aquella pregunta. Debemos elegir una, pareciera ¡De nuevo! ¿O lo uno o lo otro y punto? ¿Y por qué no las dos, o las que hubiere? Por otro lado, ¿se debe confiar ciegamente en estas investigaciones si uno no cree en ellas? ¿Por ejemplo, en alguno de sus productos más importantes, como la medicación? ¿Se puede aceptarla a regañadientes, como pareciera mostrar mi crítico sin estudiar el tema lo que el tema merece? ¿Se debe medicar sin saber cómo y dónde actúa el psicofármaco? Es parte de su quehacer, según él dice, y las cosas hay que hacerlas lo mejor posible si las usamos. A mí me parece adivinar una contradicción.

Entonces, ¿filosofía o neurociencia? Como negación de la negación en esa negación dialéctica ubico el psicoanálisis freudiano, por lo tanto no debemos dejar de lado ni a una ni a otra. Sí usarlas en nuestro beneficio. No estar al servicio de ellas. No me parece que ningún problema epistemológico lo impida, el problema epistemológico puede aparecer si se mezclan los niveles de conclusión. Una investigación en neurociencia (orientada por un psicoanalista, no hablo de que los psicoanalistas nos debamos meter en los laboratorios a investigar química ni neurología, sino a aportar nuestra teoría para que los que investigan sepan qué se nos ocurre que podrían investigar, o qué necesitamos, en todo caso), pienso que, desde luego, no podrá explicar el inconsciente (me parece también percibir en Torres cierta aversión por estos temas, y no creo que sea sólo por un problema epistemológico), a lo mejor sí se podrá encontrar correlaciones con otros fenómenos relacionados con él, como la represión misma. ¿Por qué entonces no? ¿Por el límite episte-

mológico? ¿A nosotros, freudianos? Hijos de la "epistemología freudiana" descrita por Assoun, no sin asombro y admiración. ¿Los que partimos de insertar el principio de inercia de la física (Newton) en las leyes del fenómeno psíquico, hasta en la gramática? Torres, se ve, busca demasiadas apoyaturas en la filosofía (aclaro algo, a mi persona, como a Freud también, la filosofía le atrae mucho, pero la filosofía es la filosofía y el psicoanálisis es el psicoanálisis, a mí la filosofía me sirvió para sacarle más jugo a Freud, no sé si para Torres es igual, lo noto muy preso de ella), yo diría que, como a Lacan, estas apoyaturas, más que apoyaturas le resultaron desvíos, desvíos de un camino original abierto y a desarrollar en forma permanente, como en toda ciencia, dura o no, desde ella misma, en lo fundamental por lo menos. Dados los confusos resultados que este "desvío" produjo en el mismo movimiento psicoanalítico, mi opinión (ella ya no es ciencia) es que convendría "retornar a Freud" (a su teoría), y esto no es un irónico

juego de palabras.

Por último, Torres discute el texto que tiene enfrente como si yo no existiera, o no me "comprendiera" (comprender es lo que dice Schleiermacher que hace la hermenéutica con su objeto de estudio), como si sólo "entendiera" mi escrito (como aquel autor define la acción de la ciencia natural). En ese sentido lo invito a discutirme no sólo con algún artículo (en éste me parece que más que un efecto científico, lo que busca es un efecto político), sino que se anime a un libro, "texto con-texto" como corresponde a alguien de su nivel. Sería bueno que siguiéramos el ejemplo del Freud de *Introducción del narcisismo* dirigido a Jung, y dejáramos de idealizarlos o denostarlos como si los únicos que pudieran decir fueran ellos o los del norte de nuestro querido planeta. Eso nos enriquecería a todos, quizá conseguiríamos síntesis momentáneas que generaran nuevas preguntas, que en lugar de cerrar, abrieran la posibilidad de pensar y crear pensamiento.

Ricardo Avenburg: “El riesgo es la aplicación inmediata de conceptos de una ciencia a la otra, sin respetar los eslabones intermedios.”

Mi respuesta se condensa en dos ítem:

1. El objetivo de mi trabajo es tratar de desarrollar cómo visualizo yo las transformaciones ocurridas en las teorías psicoanalíticas (como lo indica el título) y no mis posiciones teóricas en el campo del psicoanálisis: entiendo que éstas se pueden transparentar en mis comentarios pero no es mi objeto desarrollarlas ni fundamentarlas (cosa que creo haber hecho en gran parte de mis escritos, a los que me remito).

2. Ya más referido a este trabajo, el tema de la inclusión o exclusión del cuerpo en las teorías. Por si pudo no haber quedado claro en mi trabajo, el comentario de Torres me permite esclarecerlo. Por un lado, y en tér-

minos generales, todo campo de conocimiento se abre, más o menos mediatamente, al resto de los campos de conocimiento: el psicoanálisis en particular se vincula más directamente tanto con la biología como con las ciencias humanas en general, por ejemplo, la sociología, la antropología, la lingüística, la historia, etc. El riesgo es la aplicación inmediata de conceptos de una ciencia a la otra, sin respetar los eslabones intermedios. Pero a lo que yo me refiero es a otra cosa: a la inclusión o la exclusión del cuerpo en la misma teoría (y práctica) psicoanalítica. Entiendo que si Torres tomó este tema es porque de alguna manera se sintió aludido como representante de una de esas transformaciones.

* Psicoanalista (APdeBA).

Contextos



¿“El fin del misterio”?

Alfredo Finola*

Mario López Vinuesa*

Abraham Reznichenco*

Mucho se viene diciendo, y creemos que no es ocioso recordarlo, acerca de lo que el mundo ha cambiado. Tanto en lo político, como en lo económico o en lo tecnológico, asistimos a modificaciones impensables décadas atrás, producidas por la imposición del neoliberalismo conservador y de la economía de mercado, como único modelo de desarrollo posible.

Mientras que muchos de los fuertes ideales con los que las generaciones adultas crecieron han caído en desuso, nuevos valores ocupan una escena social en la que, por momentos, no sabemos cómo posicionarnos. Los viejos parámetros tambalean, pero aún no vislumbramos con claridad cuáles serán los futuros.

No podemos dejar de mencionar la particularidad de escribir estas líneas desde nuestro país, donde cohabitan con la posmodernidad, discursividades propias de la modernidad, o aun premodernas, según los

sectores sociales. Sabemos, por otro lado, que no es lo mismo la posmodernidad opulenta del llamado “Primer Mundo” que el subdesarrollo posmoderno de los países latinoamericanos, siendo este último no más que una versión caricaturesca de la primera.

Conjuntamente con este multifacético entretejido que nos incluye, también nuestra formación y práctica como psicoanalistas nos sitúan necesariamente frente a la interrogación de estas dimensiones que atraviesan a la subjetividad.

Por empezar, la clínica nos confronta ya cotidianamente con importantes transformaciones en las sintomatologías y en las demandas de análisis. Esto va perfilando cambios en las formas que la subjetividad adopta y, por lo tanto, fuertes modificaciones en aquello que es socialmente reconocido como síntoma. Desde este punto de vista, las transformaciones en los motivos de consulta van dibujando el perfil de lo que, en ca-

* Psicoanalista (APC).

da tiempo y lugar, se entiende bajo las nociones de "sano" y "enfermo". De este modo, el "prototipo sano" de este comienzo de siglo va presentando diferencias cada vez más sustanciales con el de comienzos o mediados del anterior; lo que delinea, por un lado el límite de aquello situable como patología y, por el otro, el modo de alienación u homogeneización de ideales que caracteriza a cada siglo.

Esto nos lleva a hacer algunas reflexiones sobre el concepto de alienación. Consideramos ésta como una condición estructural, tanto si la enfocamos desde la cultura como desde una mirada puesta en la subjetividad.

Desde el punto de vista psicoanalítico, la alienación es una operación propia de la constitución subjetiva. Según Lacan, el sujeto adviene en la relación con un Otro a través de dos operaciones estructurantes: alienación y separación. La segunda (la separación), conlleva la emergencia subjetiva a partir de un trazo singular y es posible sólo en tanto torsión sobre la alienación primordial. No hay, pues, emergencia del sujeto sino a partir de una alienación constitutiva, condición necesaria y propiciatoria para la construcción de un ser humano cuyos andamiajes de sentido se fundan invariablemente en el campo del Otro. A lo largo de la vida esta operatoria, alienación-separación, continúa reproduciéndose en una insistencia sin fin.

Pero la alienación no es, solamente, un determinante intrapsíquico sino que, basada en la identificación y la idealización masivas es también, como proponía Freud en *Psicología de las masas*, una dimensión de la vida humana en la cultura y una de las formas posibles que adopta, con diferentes

contenidos y gradaciones, el lazo social.

En relación a esto y, en cuanto reconocemos la alienación como condición estructural, es bueno advertir las configuraciones que ella adopta a comienzo de este siglo, las que sin duda contrastan con aquellas propias de la modernidad.

Frente a las utopías nacidas en la modernidad que lo condujeron, en ocasiones, a formas extremas de alienación, aparejadas de desolación y muerte, el hombre de este tiempo comienza a explorar otros caminos que lo ayuden a alejarse de experiencias tan dolorosas y frustrantes. Sin embargo, como siempre, muchos nuevos costos se cobrarán sus nuevos intentos.

A la seriedad con que el hombre de la modernidad encaró tanto sus proyectos personales como aquéllos derivados de su inserción social, el hombre actual pretende responderle con un tono de alegre despreocupación; la pasión no parece buena consejera y quien haga de alguna causa posesión de ella, no será mirado, seguramente, con buenos ojos, y el llamado al "nuevo" orden lo pondrá en vereda.

Sólo los proyectos con resultados visibles en el corto plazo y generalmente ligados al consumo de objetos parecen despertar mayor interés.

Si el sujeto de la modernidad apelaba, para dar consistencia a su discurso, a la búsqueda anhelante de respuestas, cayendo preso de las trampas de los dogmatismos dominantes, pero buscando en la palabra el encuentro con el Otro, el hombre posmoderno se encuentra vacío de decir. La conversación va perdiendo el prestigio ganado cediéndole su lugar a la imagen y el sonido,

en tanto la palabra se desmerece como constructora de la subjetividad y el pensamiento.

Vacío de decir y de sentir, cordialidad formal y sin matices, se ponen al servicio de evitar el sufrimiento que despierta todo investimento de un otro. Pasan así a privilegiarse los anhelos individuales y se va conformando lo que llama Galende "una utopía de realización personal", por fuera del conjunto social, que lleva, paradójicamente, a una pérdida de la individualidad por la vía de la masificación. Ésta es, precisamente, la forma de alienación propia del posmodernismo, que lleva a una sensación de vacío difícilmente tolerable. Vacío que se intenta llenar de múltiples maneras, todas tendientes a eludir el sufrimiento y el trabajo que requeriría su elaboración psíquica.

Creemos afortunado que Galende califique de utópica la subjetividad del hombre posmoderno. Detentores de un pragmatismo a ultranza, fiera oposición levantarían los defensores del posmodernismo ante la acusación de utópicos, tan insultante para ellos. Sin embargo, ¿no es una utopía concebir al ser humano sin el Otro que lo antecede y constituye? Por eso el dualismo individuo-sociedad es sólo concebible como un artificio. Porque, como dice Kovadloff, "ser es ser con el Otro, y cuando dejo de considerar al Otro, dejo de ser". El Otro en nuestro país hoy, más que nunca, son los millones de desocupados, los desaparecidos a quienes, si no consideramos, dejamos de ser.

Otro rasgo diferencial de la alienación actual se caracteriza por la pretensión de abolir aquellos enigmas, como la sexualidad, la vida y la muerte, acerca de los cuales el ser humano se ha cuestionado a lo largo

de toda su existencia, como un modo particular de velamiento de la dimensión de la falta, en la que se articulan el deseo y la singularidad.

Todos estos cambios producidos en la subjetividad nos llevaron a nosotros, psicoanalistas, a una fructífera discusión acerca de los referentes teóricos y clínicos en que nos habíamos apuntalado previamente, dado que el tipo de consulta que recibimos en la actualidad difiere bastante de la habitual en épocas anteriores.

Lo que puebla nuestras inquietudes hoy se refiere a un campo en el que la palabra resulta desbordada por haceres que a menudo comprometen los cuerpos, violentándolos de tal modo que ponen en serio riesgo la autoconservación. Este efecto sobre los cuerpos decide que la primera demanda se dirija a la medicina, donde la apelación al "estrés" como factor causal, sea seguida de alguna intervención que apacigüe rápidamente la dramática tensión despertada.

Precisamente esta temporalidad vertiginosa, propia de la tendencia a la satisfacción inmediata (avalada, además, desde el imaginario social vigente), pone, cuando es consultado, presión a la intervención del psicoanalista, presión que lo lleva a confrontar con la "clínica de la urgencia" y es su deber decir lo que en ello se juega, un sujeto.

La clínica psicoanalítica de la urgencia no es la de la urgencia médica. Mientras ésta supone un saber que elimina la dimensión del tiempo operando inmediatamente sobre el acontecimiento, la nuestra supone la prisa y también la pausa.

El dispositivo analítico, que surgió en el ámbito del tratamiento individual del adul-

to neurótico, abarca hoy padecimientos que antes parecían inaccesibles desde su marco teórico, ya que se despliegan por fuera de las cadenas significantes y en el límite de la transferencia. Son pacientes caracterizados por su pobreza discursiva, escasas asociaciones y formulación de interrogantes, ya que no hay compromiso subjetivo. ¿Cómo podría haberlo si se trata de una marca directa en el cuerpo?

La experiencia del psicoanálisis no se define por las reglas de un encuadre tradicional que se convierte a veces en baluarte intocable de ciertas posiciones analíticas. El dispositivo analítico excede el encuadre; éste, que regula tiempo, dinero y espacio, es el aspecto de mayor variabilidad. En tanto por sí mismo no define la situación analítica, es posible estructurar encuadres diversos, adecuados a la peculiaridad de cada situación y a la vez al contexto en el cual la intervención psicoanalítica se despliega (ámbito hospitalario o centros de salud, por ejemplo). Así, el encuadre deviene, lejos de un ritual formal, una operación creativa del analista.

La concepción de la cura en psicoanálisis está lejos de ser pragmática: desecha la adaptación acrítica de los sujetos a los ideales de la época y, por el contrario, interroga las nociones de éxito y eficacia sociales, dada su intricable cercanía a los funcionamientos narcisistas o a las tendencias sobreadaptativas.

Tampoco podría caracterizarse el psicoanálisis como una operación suave y tranquila, ya que conlleva una inevitable aproximación a la angustia, en tanto cuestiona las certezas yoicas y desarticula los significados cristalizados.

Pero la experiencia del psicoanálisis no só-

lo convoca al paciente a cuestionar sus modelos y creencias previos. También el analista se asoma al borde del enigma y la angustia. En este punto, analista y paciente pueden constituir inadvertidamente un sostén narcisista recíproco que atenúe el pensamiento y el dolor mental. Tentación ésta nunca ausente a lo largo del proceso analítico, alentada, más aun hoy, por un mundo que pregona la liviandad y la despreocupación.

"No saben que vengo a traerles la peste...", pronosticaba Freud mientras arribaba a los Estados Unidos. Sin embargo, la peste fue en gran medida conjurada, a través de versiones aligeradas del descubrimiento freudiano, las que lo acomodaron en parte a los valores socialmente aceptados. A partir de entonces se lo promovió a menudo a la categoría de instrumento de una adaptación social ligada a versiones consonantes con la mentalidad vigente, las que propugnaban un Yo casi libre de conflictos, habitante tal vez ideal para una sociedad de consumo, rendimiento y eficacia.

En la medida en que el psicoanálisis sostiene su esencia y su carácter revulsivo, genera reacciones adversas que tienden a su reemplazo por propuestas alternativas que prometen soluciones más acordes con los discursos sociales vigentes. Entre estas propuestas no hay duda de que la que más éxito ha tenido es la brindada por la neurobiología, con los resultados que todos conocemos: el aumento alarmante del consumo de psicofármacos en los últimos años, indicados o no por especialistas.

Un mundo que tiende a evitar el sentimiento y el conflicto, a la vez que huye del contacto con la interioridad, configura un terreno fértil para la promesa química que

supuestamente dará por tierra no sólo con la tristeza y el dolor sino también con miedos, inhibiciones y timideces. Todo ello con la inmediatez que el espíritu de la época pregona.

En esta dicotomía comprimido-palabra, lo que se juega no es poca cosa: la adhesión incondicional a la palabra del amo o el advenimiento trabajoso de la palabra propia.

En relación con esto, hacemos nuestras las palabras de Élizabéth Roudinesco: "A pesar de los ataques de los cuales es objeto, el psicoanálisis es capaz de aportar una respuesta humanista al salvajismo suave y mortífero de una sociedad que tiende a reducir el pensamiento a la actividad neuronal y a confundir el deseo con una secreción química."

Y para refrendar lo que decimos vaya este botón como muestra: en el matutino cordobés "La Voz del Interior" del día 12/2/04, en la página A 12 aparece la siguiente noticia:

Fin del misterio

Una hormona ayudaría a mantener parejas duraderas. Se debería a la acción de la oxitocina, según científicos británicos.

"Londres (Reino Unido). La ciencia avanza y algunos misterios retroceden. Investigadores escoceses podrían haber acabado con los curiosos designios del amor, al descubrir que la capacidad del ser humano para mantener una relación depende de una hormona: la oxitocina..."

... Según el estudio, la responsable de los vínculos afectivos es la hormona oxitocina, causante de los lazos que se crean entre una

madre y su bebé recién nacido, y que influye de la misma forma en la unión entre dos amantes...

... Los científicos no avanzaron en especulaciones sobre la posibilidad de utilizar este descubrimiento con el fin de desarrollar sustancias que lleven a intervenir artificialmente en la vida de las parejas..."

Para nosotros, contrariamente al título de la noticia, el misterio continúa...

Resumen

Los autores centran su reflexión en torno al concepto de alienación en su doble vertiente: como condición estructural de la constitución subjetiva y como un modo de homogeneización de ideales que caracterizan la vida humana en la cultura.

Poniendo el énfasis en esta última (vertiente cultural), mencionan algunas de las configuraciones que la alienación adquiere en distintas épocas. La actual puede caracterizarse por la pérdida de ideales, el desmerecimiento de la palabra, la inmediatez, y la evitación del sufrimiento que despierta todo investimento del otro.

¿Cómo posicionarnos como psicoanalistas ante la consulta diferente que esta realidad nos muestra con sufrimientos que comprometen el cuerpo en un desborde de la palabra? La experiencia psicoanalítica, lejos de ser pragmática e inmediatista, desecha la adaptación acrítica de los sujetos a los ideales de la época, no asegura la aproximación inevitable a la angustia, ni se propondrá abolir eternas preguntas: la sexualidad, la vida, la muerte. Convocará al analizante a cuestionar sus modelos y creencias previas, el éxito y la eficacia social.

Pero por supuesto, en la medida en que el psicoanálisis sostiene su esencia y carácter revulsivo, genera reacciones adversas y propuestas alternativas rápidas y "eficaces" para sortear los "enigmas" de la existencia.

Bibliografía

Freud, S. *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras completas. Tomo XVIII. Ed. Amorrortu, 1976.

Galende, E. *De un horizonte incierto. Psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual*. Ed. Paidós, Psicología profunda, 1997.

Kovadloff, Santiago. *El silencio primordial*. Emecé Editores, 1993.

Lacan, J. Seminario 11. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Ed. Paidós, 1999.

Diario "La Voz del Interior", Córdoba, 12/02/04, sec. A., p. 12.

Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1995.

Roudinesco, É. *Por qué el psicoanálisis*. Ed. Paidós, 2000.

Con memoria y con deseo |



Homenaje a Enrique Pichon-Rivière

Vicente Zito Lema*



Preguntas

Preguntarse a fondo y sin tapujos sobre Enrique Pichon-Rivière. De eso se trata, si hay más que voluntad de flores en su homenaje. Preguntas para materializar la ansiedad de la vida en un tiempo que mezquina y silencio al maestro que supo ponerles nombre a las pesadillas.

Y nosotros aquí, honrados por participar, sin más atributos que haber preguntado a Pichon cuando se podía, aunque el exilio y la muerte nos rondaran a semejanza de los

negros cuervos que asolan los paisajes de Van Gogh.

Entonces nuestra escritura de ayer y de hoy que lo recoge, movida por la mejor intención (sin olvidar que así se empedraron los caminos del infierno), y lejos de toda ambigüedad, convencidos de la autoridad de Aristóteles cuando predica en su *Ars poetica* que un poeta sólo debe involucrarse con causas nobles y personajes heroicos. Al estilo de Enrique Pichon-Rivière y su obra.

* Escritor.

Espiral del cielo

Freud nos advierte del riesgo de escribir sobre los que amamos. Más todavía, liga los estados amorosos y sus producciones con cierta "locura", que pese a las diferencias nos recuerda a los posesos amorosos y poéticos de Platón.

Culminando, Freud minoriza a los escritores, o al menos deja de admirarlos, como inicialmente hiciera, ya que en su criterio sólo escriben para conquistar el corazón de las mujeres.

A pesar de las advertencias que cabalgan en mi espíritu escribí este poema sobre Pichon -a principios de los años noventa-, respondiendo a lo que en lengua de Spinoza sería una pasión feliz: haber conocido a quien exaltado por los misterios de la vida dejó una huella en todo lo que transitó.

Siempre la palabra será un tributo al silencio. Lo no dicho sobre Pichon seguirá siendo el desafío y tal vez la verdad que espera.

*Tú que viniste desde la otra orilla/
del océano,
como ola, movido por el azar,
como deseo, todavía sin palabras;
el siglo estrenaba sus luces y los viajes
duraban todo un verano
en la cubierta del barco,
o todo un universo, y los monstruos en la
bodega,
y la tormenta allí,
la gran tromba marina que estalla en/
pedazos
los cristales del cielo,
y desnuda a los ángeles,
y los arroja del regazo de Dios
al ruedo de la vida; junto a los hombres,
humildes, sin eternidad,
junto a ese niño que pisa el muelle/
de Buenos Aires
y mira la transparencia de la bóveda/
celeste
como quien busca la clave del misterio/
que deberá descifrar;*

no temas, déjate llevar por ese tren de
 humo blanco
 hasta lo más profundo de la foresta,
 es la aventura primera que te abre sus/
 brazos enjorjados;
 tu cuerpo poco sabe de un sol sin gasas,/
 áspero,
 tu lengua es un lamento de bárbaros/
 franceses
 en el silencio de la tierra sabia y roja;
 corre/trepalada,
 esos crueles animales desgarran el corazón
 al que no anda de prisa,
 el veneno arrima espuma a los labios,
 ¡ten cuidado!
 Y no te detengas en el medio de las aguas/
 turbias,
 los fantasmas sin piedad devoran cada/
 lágrima;
 recuerda, escucha las campanas del alba,
 has nacido para llenarte de aire limpio,/
 ese aire
 dorado de marzo,
 y poner boca abajo los escondrijos/
 familiares;
 eres un hombre de luz,
 ve y siéntate sobre el vientre de tu madre/
 blanca,
 o en el más ancho y carnoso de esa vieja/
 india guaraní,
 con ella navegarás por los esteros del Iberá/
 hasta el mundo de las leyendas, sepia tus/
 costas y
 delicado el musgo,
 donde la tristeza es apenas lluvia,
 y la muerte nada más que arena sin/
 tiempo,
 música de antiguas danzas,
 el origen de los sueños;

 lejos ha quedado la temprana estrella,
 es un astro de la noche el que ahora gira,

brilla y cae en lo hondo del horizonte;
 belleza inmaculada. Belleza inútil
 sin los ojos de los hombres;
 ¿es tuya esta nueva quietud o la provocan
 los vapores
 sospechosos del delirio?
 ¿Ese cuerpo extraviado entre las sombras,/
 preso
 de las mil sombras,
 ese cuerpo del castigo, ciego y seducido,
 que arrancó la máscara al enigma
 y durmió a su lado y besó sus
 fríos labios, es tu cuerpo?
 ¿O es otra vez la leyenda y la tristeza/
 de la lluvia,
 la vieja tristeza de ese día sin nombre y/
 con lluvia
 que cae y cae sobre tu cuerpo
 tan cansado, casi sin voz, casi de piedra?

Duerme, ha sido largo el viaje,
 y la faena tan ardua que pidió los
 mantos de un guerrero;
 vienes de engendrarte; tus naves están
 quemadas;
 no hay retorno; donde había aguas
 crecen las plantas gruesas del misterio;
 estás solo; entre el dolor de la demencia
 que disfraza los abrazos de la muerte
 y una razón que borró tus huellas de las
 sábanas del placer;
 te has convertido en tu propio padre;
 dulce y maligno padre, como todo padre
 hieres y reparas,
 te iremos a buscar entre las selvas de la/
 infancia,
 el alma sigue siendo el único espejo,
 y la inocencia el fugaz instante que dura/
 mil años
 y no conoce las pesadillas;
 ¿de qué materia están hechas las/
 pesadillas?

*¿De la oculta fecalidad/
que se revela sin palabras?
¿Del crimen de amor que se comete
sobre la cama del matrimonio,
bajo la mirada del crucifijo?
¿De la carne que nos arranca a dentelladas
el lobo que vela?
¿De hielo o de fuego?
¿Tus pesadillas son los indios que
quemarán la casa familiar?
¿Tu casa de madera y paja en la lanza del
los malones,
en la cresta del viento?
¿O es tu pesadilla la urna gigante y sin
flores para las miles de muertes con que
murió el país en los últimos años?
¿Y tu pena? Padre dulce y maligno que
abres la mañana;
padre de tantos que no conociste y/
ni siquiera
imaginaste
en tu mejor borrachera,
¿cuál es tu pena?
¿La derrota de tus padres entre sequías y
langostas es tu pena?
¿Como castillo de la tarde ante la marea
el derrumbe del gran sueño de todos
es tu pena?
¿Sin duelo porque los sueños vuelan
es tu pena que enferma?
-Oh, sí, nos enseñaste que la pena
enferma,
que nuestra locura nace de las penas
como vuestra salud nacerá de la
victoria de la vida.-
Vamos, padre amigo; vamos, padre severo
que acusás de nosotros
la poca prisa en mover el mundo,
para que haya plenitud de luz*

*donde hubo tinieblas;
deja en ti una buena sonrisa,
ahí van ellos:
La mujer / tu madre de vestido largo.
El hombre / tu padre con traje de noche.
Suben por los riachos cubiertos de rosas,
confunden sus voces entre los pájaros al
coro,
se besan sobre los remolinos de las nubes/
calientes;
oh, sí, la selva es el lecho,
y la gracia del ángel que consuela
del reino perdido
junto a las brumas de Marsella;*

*hombre de luz, tú que arrancaste del
la noche
anterior al pensamiento
los demonios de la poesía,
y pusiste alas donde sólo hubo la sangre/
ritual
del cuerpo castrado,
no dejes que enmascaren tu rostro;
tú que velaste todos los incestos
para que la culpa tuviera su lugar
en el paraíso
rechaza el himno que te rechaza tal como/
eras,
que nadie te convierta en estatua de sal;
llévanos de la mano al prostíbulo de Goya,
donde leíste a Freud sentado en un cajón
de manzanas
entre perfumes y olores del sexo en/
movimiento,
y fundaste el socialismo
sin prejuicios
ni censura en la boca fundadora,
con la fresca alegría de un hereje;
¿por qué no acompañamos tu deseo*

*hasta las barrancas del Paraná?
¿Entramos en la casa roja de madame Safó
para ver cómo les enseñan buenos modales
a las muchachas polacas?*

*Están aburridas, se saben agrias,
ellas quieren ser pálidas y bellas,
bañadas en la leche de sus madres;
los hombre olvidan que el amor que
compran es un espejo
con la otra cara de la muerte;*

*lo que en el nombre del padre no está
permitido
tu necesidad le abrió la puerta de calle;
bebe otra vez tus duros alcoholes,
desnúdate ante nuestros ojos, vienes
de nadar en nuestro
peor naufragio;
allí, entre los desechos del alma,
junto a los escombros de un mundo que
cae,
allí, frágil, lánguida, pequeña y humana,
como una ráfaga de luna,
como una bailarina sorprendida en el aire,
ha quedado a tu lado,
enamorada y sin cadenas en el paisaje del
los días,
la diosa verdad;*

*llueve, hace años que llueve en el país
y en nuestro corazón;
te veo, estás otra vez en el muelle;
¿cuál es el viaje?
Ni siquiera tú, que sabes tanto,
lo sabes;
pero allí vamos, a tu lado soltando/
amarras;
desde la mar gruesa y sin faros,
desde el país que hierve en salvajuras,*

*subiendo;
desde las tristezas, las derrotas y las
muertes
y el silencio de la razón
y el grito de la poesía, subiendo;
desde las músicas y las danzas,
desde los viejos sueños que soñamos/
nuevos, subiendo;
desde la vida, desde lo que fluye muy/
profundo
en un derroche de vida,
hacia el cielo que está en la tierra,
en espiral y a fondo,
subiendo / subiendo.
Siempre subiendo...*

Vicente Zito Lema

Luz en la selva*

Este texto es parte de una serie de trabajos sobre la infancia de Enrique Pichon-Rivière, pretendiendo un registro unificado histórico-poético, y fue escrito a partir de conversaciones con el propio Pichon, su hermana Antonieta, su hijo Joaquín y varios de sus amigos iniciales en la ciudad de Goya.

El uso de la primera persona para hablar de otro es un recurso literario, que también utilicé con Jacobo Fijman, ese gran poeta y filósofo internado treinta años en un hospicio y a quien considero mi otro maestro o inspirador.

Mirando bajo el agua -al decir de Pichon-, el discurso desnuda identificaciones, proyecciones, vínculos amorosos, varias gamas de deseos y de espantos originales del escritor.

También acude aquí la palabra de San Pablo: más que venerar a Cristo se trata de ser otro Cristo.

Cada uno debe andar su camino, antiguo y cierto. ¿Pero no es justo y necesario, también de esencia poética, ponernos en la piel del otro -ese otro desde cuya mirada somos-, para animarnos a bucear en el oscuro espejo del mundo, siendo ese mundo, pero a la vez el sujeto que aún con balbuceos lo cuenta?

A veces pienso que lo único real en nuestras vidas es la infancia; lo demás son sueños, nacidos de la desesperación por atrapar una realidad que se nos escurre entre los dedos hacia el infinito.

Allí, en las fotos sepias resguardadas por papel de seda que cruje, están mis padres. El hombre, pálido y tímido, que pareciera flotar sobre la línea del horizonte, es Alfonso Pichon.

La mujer que mira y no muestra dudas, bien plantada sobre la tierra, se llama Josefina de la Rivière. Ambos franceses, de Lyon, católicos y bautizados por gracia de Dios, como escuché decir más de una vez a mi madre. Provenían de familias con antiguas casas de piedra y puertas de roble, donde ya no golpeaba la miseria.

Mi padre, a quien siempre conocí con sus ojos nublados por el agua, comenzó la carrera militar en la Academia de Saint Cyr. Lo entusiasmaban el coraje físico, las posibili-

* Este texto forma parte de un libro de próxima aparición en Ediciones Continente.

dades de aventuras y un mañana heroico. Se convirtió de adolescente en fervoroso socialista; leía a Victor Hugo y otros escritores románticos. Cuando hizo públicas sus creencias en la Academia, lo expulsaron. Entonces su familia lo enviará a Manchester, donde con nostalgia pero también con entusiasmo investigará el proceso de fabricación de tejidos.

Es por aquellos días, y siguiendo los pasos de un tío paterno, que nacerá su idea de criar gusanos de seda y radicar una industria textil en el norte de Inglaterra; allí se alzaban las grandes fábricas de la época.

Sin concretar sus planes vuelve a Lyon. Los cielos negros de Manchester lo espantaban, justificaría años después en una carta.

Vendrá un tiempo de dudas, lecturas de poetas malditos y vagabundeos por la campiña bien cultivada. Después, cumpliendo con el afán paterno, estudiará contaduría. El círculo de un destino de medidas parece cerrarse para Alfonso en una fiesta familiar. Es verano, todavía perdura el perfume espeso de las rosas, hay una presentación, un cruce de miradas, un vals que se baila lánguidamente bajo una bóveda de luz prístina. La muchacha es delgada y alta, de cabellos de gran negrura, muy rizados, acomodados en un rodete. Cuando termina el vals la mano de Elizabeth queda inmóvil un largo minuto en la de Alfonso.

El romance será de besos discretos, se casarán con bendición del obispo y almuerzo en el campo, tendrán cinco hijos y una vida económica estable, que apenas recurre al sostén de ambas familias.

Lo imprevisto y cruel sucede de la mano de una lluvia de invierno, que sorprende a

la pareja a la salida del teatro. Muere Elizabeth, de neumonía, a los veintiocho años. Todo es súbito y sorprendente, también la decisión de mi padre: se volverá a casar.

Apenas terminado el duelo y abrumado por los cuidados que le demandan sus hijos, Alfonso Pichon le propone matrimonio a Josefina de la Rivière, hermana menor de Elizabeth, quien todas las tardes, con paciencia y amor cristiano, lo ha ayudado con los niños.

Nunca sabré si otras circunstancias o deseos, fuera de la necesidad, motivaron esta unión; tampoco si las reacciones familiares fueron de sincero agrado o de rechazo. Ciertamente es que una relación así despierta fantasías y sospechas, por más que no contraría los usos y costumbres de época. "Alguna mujer tiene que hacerse cargo de esos cinco huérfanos, y quién mejor que la hermana de la difunta", se dirá, en voz baja, a la hora del té. Lo que no se dirá -mejor olvidarlo- es que esta muchacha de mirada firme y castaña, de palabras pocas y rotundas, educada como pupila en un riguroso colegio de monjas, estaba enamorada de un joven dentista que la llenará de súplicas y reproches, inútilmente. Josefina ha tomado su decisión, y no habrá lamentos ni dudas, ni siquiera cuando sorprende la mirada triste del hombre que la ama y asiste furtivo a su casamiento, mal escondido detrás de una de las columnas de la iglesia.

Del matrimonio entre Alfonso y Josefina naceré yo, el 25 de junio de 1907, en Ginebra, donde la familia mezclaba vacaciones con trabajo. Mi nacimiento en ese lugar de cielos fríos lo veo como algo totalmente accidental, que no dejará mayores huellas en mi espíritu. Tampoco en mis documentos;

seré francés por ser hijo de franceses.

De Ginebra sólo recuerdo con presión un auto, grande y brillante, con una bocina en forma de víbora, en el que viajábamos con mis hermanos acompañando a nuestro padre. Él recorría los laboratorios tratando de descubrir los secretos para convertir el tabaco negro en rubio. Detrás de ello estaban los balbuceos de su gran aventura.

Pocos meses más tarde, desde el puerto de Le Havre, se iniciará nuestro peregrinaje al otro lado del mar. Allí están las noches previas, las angustias y los deseos. Siento la incertidumbre de mi padre, jugando la moneda de su destino a cara o cruz. A su lado está mi madre, mucho más serena, con su sonrisa que no se desvanecerá ante los malos presagios -las anginas rojas de mi hermana Simone, la pérdida de los pasaportes, que serán devueltos por un veterano de la Legión, ciego-, haciéndose cargo de los preparativos del viaje y de la fatiga familiar. Las causas reales de aquella emigración quedarán envueltas con ropas de misterio.

Los dichos de mi padre serán tan cambiantes como el humor de las mareas. Tengo imágenes de una quietud extrema, el enorme barco parece dormido sobre un desierto, y después tormentas, con truenos que parten el cielo sin piedad. Escucho el alarido de un marinero que cae al agua, y al instante escucho su silencio, más terrible aun. Veo las solitarias caminatas de mi padre por cubierta, con sus manos cruzadas en la espalda. Veo a mis hermanos: los vómitos de Simone, las sonrisitas de Antonieta al camarero para que no le sirva sopa, las lágrimas de Pedro prometiendo en voz alta que volverá pronto a Francia, los juegos de piratas a toda hora de Juan y Luis, que arries-

gan sus ojos ante tenedores convertidos en espadas; veo a mi madre, a quien los vientos alisios no perturbaban, rondándonos, protegiéndonos con sus abrazos y rezos contra lo desconocido.

Del viaje en el "Gran Marsella" me quedarán sensaciones de un movimiento continuo y ascendente, el desencanto de no haber descubierto sirenas en el mar y el nacimiento del miedo. Fue cuando pasamos por Barcelona, el día que fusilaron a Ferrer; el dirigente anarquista. El barco se detuvo en el puerto y yo sentí que un fuego marcaba mi alma. Temía que se enteraran de las ideas políticas de mi padre y lo mataran.

Veo a mis padres, acostados en la cuclata superior del camarote, dentro de una oscuridad espesa, que apenas quiebra una luna menguante, discutiendo la situación.

"Sos socialista y no anarquista"; tranquilizará, simple, mi madre.

"Sí, pero todos saben que socialismo es más que ideas, fui secretario del jefe del partido"; argumentará mi padre con vos estrangulada.

Mi última imagen de la escena será la de mi padre y mi madre besándose, ajenos a la precariedad de la noche.

Yo cerraré los ojos, tratando de dormirme y no llorar, mientras sube la música de un acordeón desde la bodega del barco, y yo siento alivio en mi corazón y descubro una verdad profunda, a la que entonces no pude poner palabras: el arte fue creado por los hombres para redimirlos de la melancolía y las penas.

Llegamos a la Argentina en plena fiesta del Centenario; no había cumplido cuatro

años y trataba de no asustarme con tanta gente que hablaba a los gritos en una lengua que sonaba áspera a mis oídos.

Nos esperaba una compañera del colegio de mi madre, que nos cedió un espacio en su casa, muy pequeña, llena de gatos y de jaulas con canarios. Nos acomodamos de cualquier manera, mi hermana Antonieta y yo dormíamos sobre la mesa de la cocina. Los ruidos del desayuno nos despertaban antes que el sol. Fue corto y agitado el tiempo que permanecemos en Buenos Aires. Mi padre iba y venía, y todos esperábamos nerviosos los resultados de sus gestiones. Nos habían advertido que se trataba de nuestro futuro y yo gastaba las horas dibujándolo. Lo imaginaba un rey negro y barbudo, con una corona que tenía por límite el cielo, que yo coloreaba de rojo, con tanta fuerza que a veces rompía el papel.

Una noche, en el comedor del hotel de la Avenida de Mayo, donde nos habíamos mudado, mi padre anunció con voz grave que debíamos preparar las valijas. Al día siguiente, bien temprano, viajaríamos hacia el Chaco. Ante nuestro asombro mi madre mostró un libro con fotos de plantas enmarañadas, que parecían miles de manos, y animales tan hermosos como amenazadores. "Es la selva, allí viviremos", dijo, y trató de hacernos cómplices con una sonrisa que me mostró sus dientes, un poco grandes, pero no lo que pasaba en su alma.

Todavía dormido y con una medialuna en la mano subí al tren. El silbo de la locomotora abrió mis ojos; me aburrí pronto con tanta tierra vacía. Nos alejábamos más y más de las ciudades y su gente, siguiendo los impulsos de mi padre, a quien nadie interrogaba, acaso porque intuíamos que él

tampoco tenía conciencia de sus pasos, que lo llevaban de su Francia natal a un lugar que en mi imaginación de niño se presentaba como el fin del mundo. "Después de esa selva comienza el infierno", escuché decir a mi hermano mayor en un tono de fingida burla que confirmó mis temores. Pasamos días y noches en el tren, y la mirada de mi padre, hasta entonces dulce a pesar de su melancolía, se volvió hosca, impenetrable. Cuando mi hermana Antonieta, que también había notado el cambio en sus ojos, le preguntó qué le pasaba, él abrió sus manos, que me parecieron más blancas y afiladas, y las dirigió hacia el cielo, que vi sin una nube, como si nada en el mundo se animara a perturbar la soledad de su azul, y se puso a hablarnos del cometa Haley. Recuerdo que me acosté con mi cabeza sobre sus rodillas y nada extraño sería que hubiera soñado que corría sobre las nubes y saltaba de estrella en estrella, perseguido por un tigre amarillo y negro, dueño de una mirada que prometía tormentos.

Cuando bajamos del tren mis hermanos y yo conocíamos los sabores del mate cocido, los bizcochos con grasa y las tortitas de azúcar quemada; éramos testigos de que los caballos de crines rojas corren más veloces que las locomotoras a vapor, y hasta podíamos jurar que los vientos de las pampas son capaces de hacer volar las vacas, como si fueran pájaros sin alas ni plumaje. Ya en el Chaco santafesino, apiñados en un piezo en los altos de una almacén de ramos generales, y en tanto el hiriente olor a lavandina se iba mezclando con el de nuestra transpiración, mi padre reanudará sus gestiones por una concesión de tierras fiscales.

Una de esas mañanas, mientras yo luchaba contra un gigantesco tazón de leche y

un enjambre de moscas, mi padre me pidió que lo acompañara a la última entrevista en la Dirección de Tierras.

“Me tenés que dar suerte”, dijo, nervioso, y entre él y mi madre me vistieron como para ir a un cumpleaños.

Después de que firmó un montón de papeles ante aquel hombre bajo y corpulento, vestido de negro y abotonado hasta el cuello a pesar del calor, mi padre se levantó de su silla, lanzó un suspiro de alivio que estremeció mi corazón y se fue, dejando la sensación de que crecía y crecía, hasta tocar el techo.

El festejo lo tuvimos en una pequeña confitería, frente a la plaza con matas de amapolas y bandadas de cotorras. Ante nuestros ojos, en la paz del local, una pared destacaba fotos de montañas nevadas. Mi padre, con la mirada fija en ese paisaje familiar, pidió té, yo limonada, y sentí que su mano algo transpirada apretaba la mía.

La concesión estipulaba un término estricto, así que mi padre sin más vueltas se lanzó al trabajo, y toda la familia detrás de él. Subidos a un carro de ruedas altas nos internamos en la foresta. El sol golpeaba nuestras nuca, las valijas se mecían en el camino virgen y las cotorras cerraban el cortejo con sus ráfagas verdes.

La primera noche bajo la carpa tuve miedo, me acurrugué en el fondo, muy cerca de mi madre, quien no dejó de acariciarme el pelo hasta que se alejaron, uno a uno, mis fantasmas (a veces parecían árboles quejosos, con grandes brazos que agitaban el aire y arrojaban una lluvia de cenizas; otras veces volaban sin sentido, como palomas ciegas). Mis hermanos se acomodaron en el

medio de nuestro refugio abrazados unos a otros, fingiendo que dormían. En la entrada quedó mi padre, sentado sobre la tierra, con sus rodillas altas y puntudas sosteniendo una escopeta, fumando su pipa, manteniendo vivo el fuego. La luz que se elevaba junto al humo me tranquilizó, las estrellas estaban demasiado lejos y el cielo no me pertenecía.

Mi padre se inició plantando algodón, quería cumplir de algún modo su viejo sueño de Manchester y no le importó la fatiga del desmante.

Así como un alquimista convierte el carbón en oro, la naturaleza hizo con los sueños de mi padre una pesadilla de barro. Conoceremos lluvias interminables, ríos que se desbordan y después sequías que tendrán comienzo pero no fin.

La prueba más dura será quedarnos en la intemperie de un día para otro.

Queríamos mucho aquella primera casa, hecha con el esfuerzo de todos y con la ilusión de quien funda un largo reino. Era una construcción austera, extremadamente limpia y siempre acogedora. El agua de un riacho vibraba a pocos pasos, mi madre recolectaba flores que colmaban los jarrones y cuidaba los golosos helechos, chorreantes de tan húmedos, fastuosamente verdes. El techo del bungalow era de paja, mi madre temía un incendio; nunca imaginó la voracidad de las langostas.

Recuerdo que en el momento en que desaparecía totalmente el techo, mi padre, limpiándose los ojos con un pañuelo, para que nada turbara su mirada, exclamó, para mi asombro: “¡Qué hermoso, que infinito y claro es este cielo!”

Con la ayuda de unos vecinos en pocos días tuvimos un techo nuevo, también de paja. "Las langostas no comerán dos veces del mismo plato", dirá mi padre ante nuestro temor. Yo le creí.

Fue en aquella época cuando conocí el secreto de nuestra familia. Una tarde, en la bajada del sol y mientras el viento cálido del norte movía ligeramente las palmeras, mi padre, contemplando con orgullo la casa reconstruida, me contó que mis tres hermanos y mis dos hermanas eran hijos de su primera esposa, muerta en Lyon. Él me hablaba y yo iba matando hormigas con mis pies descalzos; cuando no tuve más hormigas cerca, lloré.

Mi madre estaba a pocos metros, recogiendo naranjas. Corrí hacia allí, era verano y ella olía como las mismas frutas. La abracé, me besó muy fuerte, con complicidad, me dijo sin palabras muchas cosas, igual que las piedras dicen al correr de las aguas.

Fue el comienzo de caricias y atenciones privilegiadas para mí, que por suerte no afectaron el trato sin distinción entre los seis hermanos. Acaso por ser el menor incluso me protegían. Antonieta, la más baja, de sonrisas y sonrojos permanentes, y Simone, de pelo más rizado, que sabía imitar a los pájaros, se ocupaban de mi ropa, de zurcir lo que yo rompía; también de aliviar las lastimaduras que respondían a mis juegos en la selva. Pedro, Juan y Luis, en disputa pareja, cazaban las víboras y arañas que se acercaban, a pedido de mi madre y sabiendo el miedo que les tenía, al menos en mis primeros años.

Veo a mi familia a la distancia, capaz de cerrar filas ante los peligros y desdichas para luego abrirse gozosa ante la vida, como

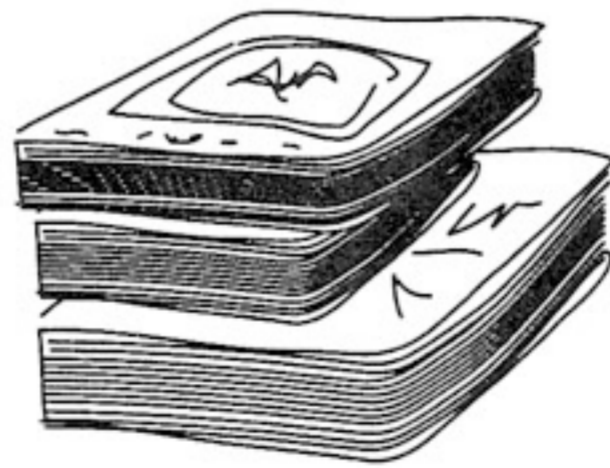
las flores de la noche. Sabían tejer ilusiones para transformar la realidad, por dura que fuera. "Nunca hay que recular ante el desafío", decía mi padre, limpiándose el polvo, volviendo a montar sobre el caballo que lo había tirado...

Allí estamos todos, los grandes con sombreros de paja, los chicos casi desnudos ante un sol que no da respiro. Allí vamos, preparando a machetazos un claro en la selva para alzar la casa, limpiando las malezas, pintando las paredes con cal y las maderas con aceite, trayendo agua del arroyo donde saltan los peces, dando vuelta la tierra virgen, sembrando en los bordes del día, espigando con alegría el nacimiento de un tomate o de una chaucha.

La vida en la selva tenía sumo encanto para gente nacida en Lyon y que había conocido los inviernos con nieve de Ginebra, pero no se me ocultaba que era a la par una empresa difícil. En especial para mi padre que no cejaba en su empeño de levantar una buena cosecha de algodón. También para mi madre, cuya piel blanca, casi transparente, del mediterráneo, se agrietaba en el verano infinito de la selva, al igual que los ahorros traídos de Francia.

¿... Y no fue entonces, desbordado por la angustia y la belleza, cuando por vez primera en la vida me pregunté si la luz de la estrella del alba era para nuestro espíritu tan deseada como el pecho de la madre para el temor de su niño que descubre la soledad?

Lecturas



Alain Juranville. *Lacan y la filosofía*. Nueva Visión, 1996.

Por un saber posible del//sobre el inconsciente

Es conocido el recelo con que Freud miraba la filosofía, de la que temía menos su crítica que la posibilidad de que absorbiera en su campo la innovación que supuso el descubrimiento del inconsciente para la historia del pensamiento. Se cree, en cambio, que en Lacan el trato con las ideas filosóficas habría sido mucho más fluido; es así, en efecto, pero sin que eso conlleve una menor sospecha o desconfianza. Mientras el fundador prefiere apartarse de la discusión filosófica manteniéndose en el marco de un empirismo que aseguraría al psicoanálisis una posición más acomodada en el mundo de la ciencia, Lacan escoge la confrontación. Movido desde el comienzo por el afán de dar al inconsciente freudiano un soporte conceptual más consistente y riguroso, incluye en ese proyecto el objetivo de fijar con precisión el lugar del Ψ con relación a la ciencia y la filosofía. En un debate con los grandes filósofos sostenido a lo largo de toda su enseñanza, muestra la extrema solvencia con que penetra

en los textos, así como el rigor con que sostiene su posición crítica, favorable -y a veces reconocida- hacia algunos de ellos, pero inflexible hacia el final respecto de la imposibilidad tanto de la ciencia para abarcar el psicoanálisis, como de la filosofía para emitir un discurso válido sobre lo inconsciente.

El libro de Juranville aborda ese debate con una extensión y una complejidad que hacen difícil un resumen exhaustivo -y más aun un examen crítico- en el espacio de una reseña bibliográfica. Es posible, en cambio, destacar algunos puntos por una selección que inspira menos la lectura despaciosa que la impaciencia del comentarista por extraer de ella lo que a su juicio (preliminar) puede sintetizar mejor el planteo, sin perder por eso su cualidad de *parcial*, como corresponde al asunto de que se trata.

La pregunta de la filosofía es la pregunta por el ser. Y no es que la experiencia de toda cura analítica no la ponga en juego, sino que abocarse a ella según lo ha-

ce la filosofía, es mantener la ilusión de un significado absoluto y de un saber que se sabría. Juranville traza aquí distinciones interesantes a partir del hecho de que el enunciado mismo de la pregunta implica, con todo, una carencia, una falta de saber, y que por lo tanto *el discurso filosófico* presenta necesariamente una concepción del ser como *deseo*. Distingue pues el discurso filosófico del que él llama *metafísico* y del discurso *empirista*: el primero pretende responder con una verdad total (aproximándose al saber absoluto de Hegel); el segundo niega la condición del deseo como primordial, haciendo de él una deformación de la necesidad producida por el lenguaje. El primero sostiene que todo tiene sentido si uno adopta la posición correcta que es la del Todo (Dios que enuncia las "primeras causas" y los "primeros principios" de la filosofía tradicional), y por lo tanto, la idea de un sin-sentido radical inscripta en la interrogación filosófica es absolutamente rechazable; el

deseo no podría ser *deseo de nada*. Para el discurso empirista, por su parte, lo ilusorio es el deseo mismo y los deseos no son más que necesidades. Una enumeración que figura en la introducción del libro, presenta un rápido resumen:

1. No hay verdad (discurso empirista).
2. Hay una verdad total (discurso metafísico).
3. Hay una verdad total y otra parcial (discurso filosófico).
4. Hay una verdad, pero solamente parcial (discurso analítico, o sea la teoría del inconsciente).

La idea de lo inconsciente en Lacan es inseparable de su teoría del significante, así como del ternario Real-Simbólico-Imaginario. Hay que reconocer que Juranville hace un recorrido cuidadoso de estos ejes lacanianos y despeja algunos equívocos que circulan por ahí sobre su enseñanza. Así, por ejemplo, la tríada señalada está contenida en el lenguaje mismo y no es posible equiparar de entrada lenguaje y simbólico, pues el símbolo no es el significante aunque coincidan en la experiencia de la "realidad"

(que el autor llama "mundo"), para excederla como significante y como inconsciente. Con su concepción del significante y de la verdad de la palabra, Lacan se separa del estructuralismo. El significante no es para él lo que los estructuralistas entienden, o sea el sistema simbólico por el cual el sujeto está determinado. La pura articulación formal, la que encontramos por ejemplo en la ciencia, no basta para que haya significante, pues para Lacan lo simbólico no podría cobrar sentido para un sujeto sin el significante del Nombre-del-Padre. Es decir que el término "simbólico" puede ser tomado en dos acepciones: una, la del estructuralismo, como un sistema de diferencias puras; la otra, laciana, lo entiende como "orden simbólico" a partir del Nombre-del-Padre, es decir como el lugar del Otro, de la verdad.

Lacan opondrá al discurso empirista, limitado a lo real y a lo imaginario, la dimensión de lo simbólico. Y contra el discurso filosófico, señalará que desde la perspectiva del significante, lo simbólico como presencia positiva de la verdad parcial, es inseparable de lo

imaginario. En cuanto al discurso analítico, para que el discurso que enuncia lo inconsciente no reniegue en su acto de eso inconsciente que afirma, es preciso que suscite en el otro que pregunta el significante puro, irreductible, que Lacan llama significante-amo. Sólo desde el lugar del otro puede ser confirmado un discurso sobre lo inconsciente, si produce en él el significante puro, un significante que éste no puede dominar de antemano en un saber. El límite inconsciente al saber queda puesto entonces en acto. "El discurso analítico no es ni ciencia de lo inconsciente, que ignoraría al sujeto de lo inconsciente, ni saber especulativo, para el cual el sujeto no podría ser ya sujeto de lo inconsciente, sino situación en que el dicho de lo inconsciente es sostenido por el efecto de su decir en el otro"... "El discurso que, desde el punto de vista del otro, despliega un saber consumado y se sabe él mismo, es lo que Lacan denomina discurso del amo, y encuentra su forma más acabada en el discurso filosófico, que por lo tanto no podría enunciar lo inconsciente y la verdad del significante." El propósito de Juranville en el libro es relativizar

este "rechazo" de la filosofía. No se trata de proponer un discurso absoluto sobre lo inconsciente, sino simplemente de determinar si y de qué manera un discurso puede realmente sostener la tesis de lo inconsciente. Ello sólo puede ser efectivo si para aquél que lo enuncia, y en el momento de enunciarlo, lo inconsciente existe de verdad. Tal aproximación sólo es pensable a partir de la postulación del *significante* como *significante puro*, antes de la emergencia del significado. Ese *significante puro* escapa a la negatividad del *significante*, negatividad que emerge sólo cuando por su enlace con otro *significante*, produce el significado. Es

sólo en el ámbito del *significante puro*, que es el de lo inconsciente, que puede postularse una verdad total; de aquí que esta verdad del ser como *significante* no puede ser dicha, "*significada*", sin ser por ello mismo desmentida. La elaboración de Juranville en procura de articular la posibilidad de un discurso filosófico desde ese punto de partida en *impasse*, lo adentra en una postulación del *pensamiento*, la *escritura*, la *sublimación*, y los nudos borromeos, cuya densidad escapa a las posibilidades de ser resumida de manera mínimamente clara en el espacio de esta reseña.

El volumen con el que se

ha trabajado para este comentario tiene un defecto de encuadernación que le hace perder unas treinta páginas de su primer capítulo. Vale aclarar, empero, que esa falla es responsable de sólo una pequeña parte de las dificultades que entraña la lectura de este libro, y que las otras, emanadas de la complejidad del discurso lacaniano por un lado, y de la poca frecuentación de los analistas en los planteos de la filosofía por el otro, no atenúan, ni mucho menos, los valores que encierra ni las más resueltas recomendaciones para emprender su lectura.

Enrique Torres.

Donald W. Winnicott. *Sostén e interpretación - Fragmento de un análisis.* Editorial Paidós. Psicología Profunda. Buenos Aires, 1992.

Creación y encuadre

*Después de ser, hacer y que se le haga a uno.
Pero primero ser.*

Donald W. Winnicott.

En este libro Winnicott nos brinda un rico material clínico y nos invita a participar de la intimidad de su consultorio, donde se crea un espacio transicional com-

partido por el analista y el paciente, dentro del cual se perfila en forma de juego la comunicación necesaria para el éxito del tratamiento.

El volumen está prologado por Massud Kahn y le siguen dos partes: "Fragmento de un análisis" y, en forma de apéndice, "Retraimiento y regresión".

En la introducción M. Kahn despliega todo el conocimiento que tiene acerca de la obra de su maestro. Toma como punto de partida un eje de pensamiento, según el cual el aburrir es un síntoma de enfermedad psiquiátrica. Rastrea desde los primeros artículos, destacando algunos aspectos que luego ayudarán a entender la teoría que subyace en el trabajo que realiza Winnicott en "Fragmento de un análisis".

Comienza con el comentario de sus escritos pediátricos (1931), mostrando ya su sensibilidad clínica, e infiere que la conducta inquieta y agitada de los niños son un indicativo de la dificultad de éstos para procesar su inquietud a partir del juego, y necesitan atraer la atención del ambiente con una conducta fastidiosa; cansar, aburrir, son métodos para hacer frente a la tensión interior.

A partir de estas observaciones surge su trabajo "La defensa maniaca", presentado como tesis en la Sociedad Psicoanalítica Británica en 1935. En la defensa maniaca hay un intento del paciente de renegar de su realidad interna, una huida

hacia la realidad externa y un intento de mantener un control omnipotente de su realidad interna, mediante un hipercontrol obsesivo de su lenguaje y del material que trae a sesión. Éste es el paciente que aburre, creando un espacio petrificado en el que nada puede suceder. Lo que aburre sería en esencia lo inauténtico, tanto para el paciente como para el analista, pese a lo cual, si queremos ayudar al paciente, hay que tolerar ese falso discurso.

Continúa Massud Kahn con el concepto de falsa reparación, que deriva de la identificación del paciente con la figura materna, y en la cual el factor determinante es la defensa organizada de la madre contra la depresión y la culpa inconsciente. Muestra cómo el estado de la madre influye en la realidad psíquica en desarrollo del niño, la desarticula y le impide el carácter de lo que es propio. Este concepto es aplicado luego a la conceptualización acerca de la organización de la personalidad acorde con el verdadero o falso *self*.

En *Desarrollo emocional primitivo* (1945) aparecen en forma rudimentaria los

conceptos que luego teorizará y corroborará en la clínica, tales como sostén, objeto transicional, dependencia en la transferencia y muchos más.

En 1952 publica *La angustia asociada con la inseguridad*; habla de las angustias que se originan a partir de las fallas de la crianza; éstas son retenidas y constituyen la esencia de la técnica que usa el paciente que aburre, violentando el proceso analítico, imponiendo una relación árida a través del discurso, similar a aquélla de la que fue víctima en la infancia.

En *Aspectos metapsicológicos y clínicos de la regresión dentro del marco analítico* (1954) se sostiene que para que sea posible una regresión, debe existir un yo que la posibilite. Si ha existido un ambiente favorable en la infancia, este aspecto positivo es el que engendra en tales pacientes la esperanza de corregir la falla original a través de una provisión ambiental especializada (clínica), con miras a seguir avanzando en el desarrollo emocional.

Para Winnicott el manejo de los estados regresivos

en la situación clínica fue la preocupación primordial.

Massud Kahn organiza el examen del material de *Fragmento de un análisis* dividiéndolo en tres partes:

- a) la forma en que el paciente se relaciona consigo mismo;
- b) el uso que el paciente hace de Winnicott;
- c) el estilo de Winnicott para presentarse al paciente y tolerar sus estados de regresión.

Para dar cuenta de estos ítem, va entrelazando los conceptos teóricos y clínicos de Winnicott, dando lugar a un río de ideas de gran riqueza.

Luego tenemos el material que compone el texto de *Fragmento de un análisis*. Son notas tomadas por Winnicott en los últimos seis meses del tratamiento de un paciente que se analizó en dos periodos con él, nunca fueron publicadas y según lo explicitado por el autor, fueron escritas para registrar un momento particular del análisis en el curso del cual aparece la posición depresiva; con todos los vaivenes que sabemos

que implica un verdadero proceso psicoanalítico. Confiesa también que se obligó a escribir sus intervenciones ya sea que le gustaran o se sintiera avergonzado de ellas.

Fragmento de un análisis muestra un proceso teórico y técnico de la práctica de Winnicott, cuyos hilos se entrecruzan y forman una red; entramado en el que es interesante penetrar, siguiendo al autor paso a paso, durante el lapso de seis meses en su trabajo y destacando la relevancia de algunos de estos hilos para una mejor comprensión del manejo de las sesiones.

Una de las líneas directrices del trabajo de Winnicott muestra cómo establece el marco analítico, que para él es una simbolización de la relación paterno-filial. El análisis apunta a crear una situación de *holding* (sostén, amparo) que es un marco externo, una nidad extracorporal, metáfora del *holding* primario, sin un contacto inmediato, aclarando que en determinados momentos una interpretación adecuada significó para este paciente un contacto corporal.

Vemos a lo largo de las sesiones la importancia que adquiere la transferencia de la dependencia y sus vicisitudes, la utilización del objeto por el paciente, esto quiere decir, también, el uso del analista.

Es importante remarcar la originalidad de Winnicott en su técnica, en su actitud, en el respeto que tiene hacia la posibilidad creativa del paciente, a su capacidad para sostener y esperararlo en sus estados regresivos. Allí, él queda con el sostén de la situación y del espacio clínico, mientras el paciente, cada vez que el proceso clínico amenaza llevarlo a la mutualidad, se duerme o utiliza el lenguaje para establecer una distancia con su analista.

En un punto de sus comentarios acerca de este proceso de análisis expresa: "No habría logrado yo tanto si mi método hubiera sido más estricto." De la pureza técnica sostenía que era una idealización, dándole a este término el sentido freudiano: algo que va en el sentido de la represión.

Es por esto que deriva al análisis de un juego, que se

inventa y que puede continuar cuando la partida ha terminado.

En las sesiones nos encontramos con hallazgos laboriosos, interpretaciones sencillas, rodeos que en apariencia apartan del análisis y que súbitamente nos devuelven al corazón mismo de la sesión.

Por último encontramos el apéndice, que es la reproducción de un trabajo, "Retraimiento y regresión", escrito en 1954, en que Winnicott se interesa por comunicar su experiencia con pacientes que hacen una regresión en la transferencia durante el análisis.

Toma como modelo seis momentos significativos en que esto sucedió en el análisis del paciente citado anteriormente, aclarando que cuando habla de regresión en este caso, ésta se circunscribía a momentáneos estados de retraimiento que ocurrían durante las sesiones psicoanalíticas. El manejo de estos estados de retraimiento se vio influido por la experiencia del autor en el tratamiento de pacientes regresivos.

Sostén e interpretación es un texto del cual se sale interesado, movilizado. Tie-

ne momentos como los que tan bien describe Winnicott, que son pequeñas obras de arte, como cuando en la sesión de análisis surgen palabras o "gestos espontáneos", merced a los cuales se produce al fin la alianza de lo sensorial con lo inteligible.

Dolores Banhos.

Reglamento de publicaciones

*Si bien **Docta** es fundamentalmente el medio de expresión de las ideas de los integrantes de la APC, podrán publicarse trabajos de analistas pertenecientes a otras instituciones de IPA y de fuera de IPA, en una proporción a determinar para cada número por el comité editor.*

Los trabajos a publicar serán preferiblemente inéditos y redactados en castellano. A juicio del comité editor podrán editarse trabajos publicados previamente pero considerados de especial interés, o presentados en congresos, mesas redondas, etc., citando lugar y fecha donde fueron presentados originariamente.

En caso de incluirse trabajos con viñetas clínicas, el autor tomará medidas para preservar absolutamente la identidad de los pacientes, siendo exclusiva responsabilidad del autor el cumplimiento de los procedimientos para lograr tal finalidad, o bien obtener el consentimiento del paciente.

Las opiniones de los autores de los trabajos o de las personas entrevistadas son de su exclusiva responsabilidad. Su publicación no implica de modo alguno que el comité editor o el comité de lectura compartan los conceptos vertidos.

Los trabajos se presentarán en diskettes, en archivos de Word. Se adjuntarán 4 copias impresas. La extensión de las presentaciones no deberá exceder las 25 páginas A4, fuente Times New Roman, tamaño de fuente 12, con interlineado a doble espacio.

Los trabajos serán enviados a la dirección de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Independencia 1091, Córdoba (5000). Los autores que residan fuera de Córdoba, podrán enviar sus trabajos como archivo adjunto por correo electrónico, a apcba@arnet.com.ar y, simultáneamente, a revistadocta@yahoo.com.ar.

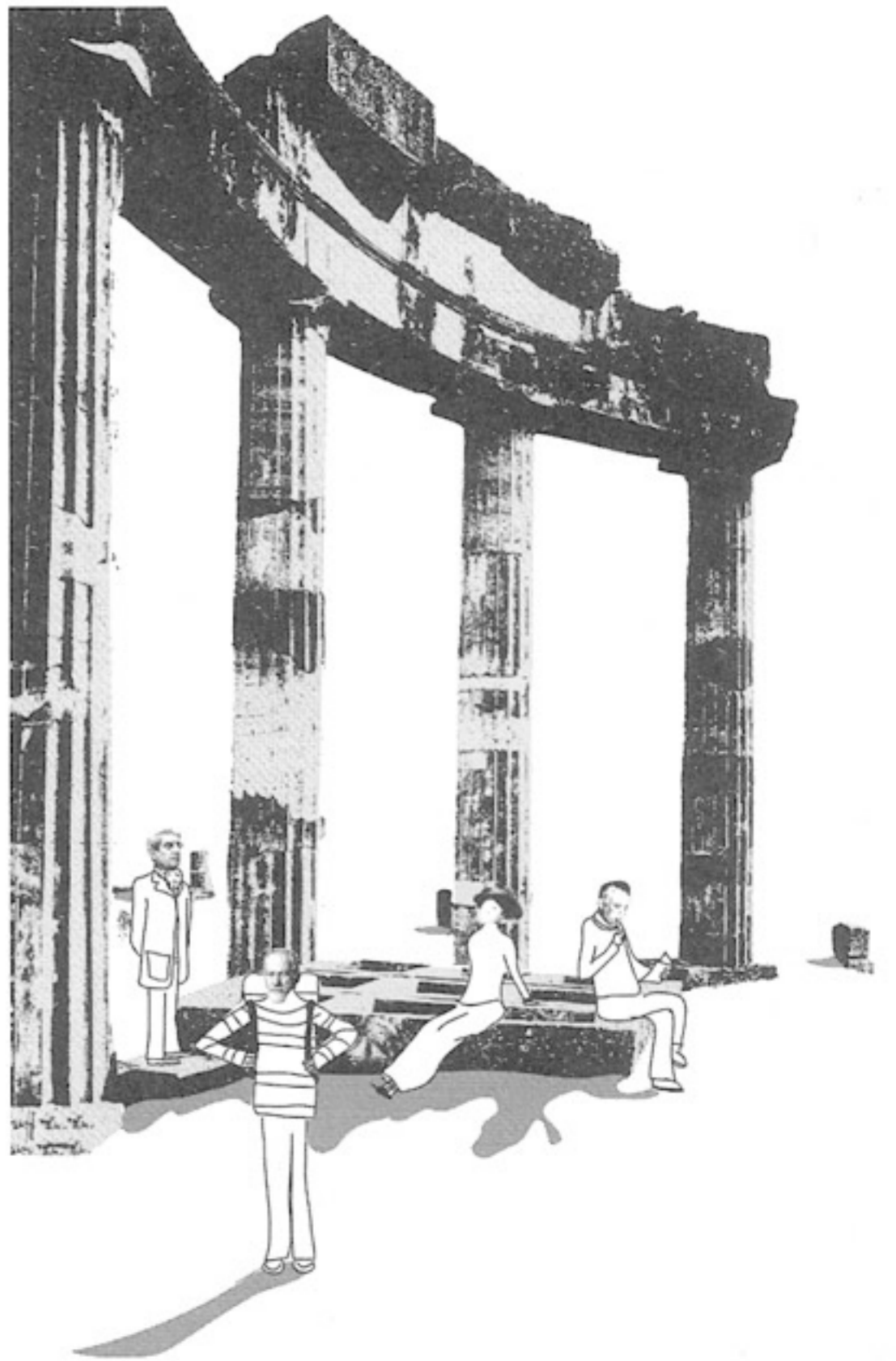
En la primera página del trabajo se incluirán el título del mismo y los nombres del autor o los autores. En página aparte, junto al título del trabajo, se adjuntarán una breve descripción curricular de los autores y datos de contacto (teléfono, fax, dirección electrónica). Se adjuntará también un resumen en castellano de las principales ideas del trabajo, redactado en tercera persona y de aproximadamente 150 palabras.

La bibliografía se ajustará a las pautas internacionales al respecto. Las referencias bibliográficas deberán ordenarse por orden alfabético al final del trabajo e incluyendo en el lugar pertinente del texto el apellido del autor citado y el año de la publicación. Se incluirán todos los datos de referencia de las publicaciones citadas, poniéndose especial cuidado en aclarar si se trata de citas de otros autores, y que las mismas sean fieles al texto original. Cuando se incluyan referencias a publicaciones periódicas, las mismas deberán contener la información tanto acerca del artículo como de la publicación donde éste está inserto. Las notas a pie de página se señalarán en el texto con números crecientes, incluyendo el detalle de ellas al final de cada página.

*Los trabajos presentados serán objeto de una evaluación independiente, con características de "doble ciego", por al menos dos integrantes del comité de lectura de **Docta**, quienes podrán hacer recomendaciones tendientes a su eventual publicación. La evaluación se hará con criterios parametrizados y su eventual aceptación, rechazo o solicitud de cambios o ampliaciones constituyen la tarea del comité de lectura de **Docta**, que remitirá sus sugerencias al comité editor.*

El comité editor decidirá, en función de la evaluación del comité de lectura y la pertinencia del trabajo, la oportunidad de su eventual publicación, el número de la revista en que se hará la misma y la sección en que finalmente será incluido.

Los originales de los trabajos presentados, publicados o no, no serán devueltos.



Este número 1 de
la revista *Docta*
(otoño-invierno de 2004)
se terminó de imprimir
en Córdoba
en junio de 2004.